

La Religión de los Hanksis

Carlos Sabino

Novela. Ciencia Ficción.
Ed. Panapo, Caracas, 1989, 232 págs.

20

Ca

Durante toda la noche Ok-kae, en su austero cuarto, se sintió atrapado por ideas que lo alejaban del reposo: varias veces estuvo a punto de dormirse pero, en cada una de esas ocasiones, un ramalazo de tensa expectativa lo devolvió a la vigilia. De a ratos conciliaba un sueño liviano, plagado de pesadillas en las que fracasaban de mil modos distintos los planes que tenía para la mañana siguiente. Cuando despertaba, en cambio, ocupaba su mente en imaginar qué sucedería en la Tierra cuando hubiese regresado. La figura de Rashawand lo tenía por completo obsesionado: se introducía, sin querer, en todos sus proyectos, a veces como el apóstata que era obligado a pedir públicamente perdón por sus traiciones, a veces como el maestro que, después de todo, reconocía en su antiguo discípulo la fuerza interior de la que él mismo carecía. Pero lo que más atormentaba a Ok-kae era la conjetura - que por momentos llegaba a ser auténtica certeza- de que jamás llegaría a ser reconocido como un auténtico Gurú, hiciera lo que hiciese. Tenía ahora bastantes seguidores, sin duda, e incluso había logrado un raro ascendiente entre fanáticos de otra religión pero sabía -en el fondo- que lo consideraban como un jefe o como un adalid en la batalla, no como un verdadero maestro y orientador espiritual.

La estación orbital, como las astronaves, se guiaba por un día artificial de 24 horas: era la única forma de sincronizar las actividades cotidianas con la Tierra y de imprimir a éstas un ritmo regular y preciso. Poco después de las seis, ya resignado a no poder dormir, Ok-kae se vistió y se dirigió parsimoniosamente hasta el puesto de guardia. Se daba cuenta de que no era bueno llegar demasiado temprano, porque podría resultar sospechoso que un recluso se tomase tan en serio su trabajo, pero era tanta la ansiedad que lo consumía que no pudo esperar más.

Para serenarse, repasó por última vez los detalles del plan: había logrado, sin demasiada dificultad, que Ibrahim y él fuesen los encargados de recibir el primer transbordador del día. Eso era importante, porque

Ibrahim lo obedecía en todo, sin formular enojosas preguntas ni pensar mucho por sí mismo. Luego, cuando se les unieran Pustenak y Flores, estaría ya con viejos conocidos y todo marcharía seguramente mucho mejor.

Al llegar al puesto encontró a un soldado visiblemente aburrido, que le dijo ásperamente:

-¿Qué haces tú aquí? Todavía falta como media hora para que llegue tu turno.

Ok-kae, nervioso, mostró una sonrisa tímida y dijo en voz muy baja:

-No podía dormir, señor, y no tenía ningún otro lugar adonde ir. Esperaré... no es tanto tiempo.

El soldado, molesto, miró el reloj y se encerró en un áspero mutismo.

Ok-kae ya no lograba contener su ansiedad, y se reprochaba haber actuado con impaciencia: no sabía hacia donde dirigir sus ojos, porque el espacio era muy pequeño y se encontraba a cada rato con la mirada del desconfiado guardia. Lo peor era que ya no podía regresar a su celda: eso hubiera sido como confesar que sucedía algo fuera de lo normal. Entretanto Ibrahim, que había prometido llegar diez minutos antes de las siete, no daba todavía señales de aparecer. Ok-kae sentía contra su espalda la presión que hacía la única pequeña arma que había podido obtener: una pistola de gas paralizante, robada a un guardia tiempo atrás por convictos de una sección bien alejada de su sector.

Faltaban apenas tres minutos para las siete, y Ok-kae ya desesperaba, cuando por fin vio acercarse la silueta alta y desgarbada de Ibrahim. Se saludaron brevemente, casi sin cambiar palabras, y permanecieron tensos, atentos a la rutina de la operación. A las siete y un minuto el soldado recibió la orden de abrir la puerta. La nave había llegado. Entonces todo sucedió con increíble rapidez. El soldado, un joven de origen sudamericano, hizo correr la puerta que daba al pasillo de recepción de la carga, abierto ya por el otro extremo, donde comunicaba con la parte trasera del transbordador; tenía en su rostro una expresión de desconfianza que preocupó a los dos reclusos. Ok-kae avanzó primero, para que el cuerpo de Ibrahim ocultara al guardia el pequeño bulto que formaba su arma. Pero el soldado se movió, inteligentemente, y en el momento en que iba a gritar algo sucedió lo

más extraño: no apareció el contenedor con los alimentos en la puerta de la nave sino que emergieron dos figuras, gritando y gesticulando:

-¡Vamos! ¡rápido!, métanse adentro. -Eran Pustenak y Flores, que habían logrado escaparse, como lo tenían previsto, durante la escala que diez minutos antes había hecho el transbordador en otra entrada de Himalayas-5. Mientras tanto, ya repuesto de su sorpresa, el soldado había sacado su arma, gritando:

-Eh! tú!, qué llevas ahí?! Deténganse o disparo!

No pudo hacer mucho más. Desde dentro del transbordador le tiraron primero, con brutal precisión, abatiéndolo en el acto. Ok-kae e Ibrahim se metieron en el transporte, que inmediatamente cerró sus compuertas. La maniobra de despegue fue rápida, imprecisa, porque sabían que en menos de diez minutos toda la estación entraría en alerta general y saldría en su persecución. Conducía un amigo de Ibrahim, que se había matriculado en esa tripulación algunos meses antes para facilitar la fuga de los convictos. No se veía a ninguno de los otros miembros del equipo que había llegado desde la Tierra.

Ok-kae, molesto porque no se habían seguido sus instrucciones, preguntó ceñudo:

-¿Qué sucedió? ¿por qué no hicieron las cosas como lo habíamos convenido?

-Hubo un incidente en la otra puerta -dijo Flores-, cambiaron la guardia a último momento y tuvimos que correr hasta aquí sin esperar a que descargaran la mercancía. Estamos vivos de puro milagro.

- Pero ¿cómo?, no entiendo: ¿cómo no han avisado a la guardia de esta puerta?

- Hicimos volar el sistema de comunicaciones. Deben estar pensando que tienen una falla difícil de detectar -se rió, con evidente sarcasmo.

-¿Y la otra gente que venía de la Tierra? -insistió Ok-kae.

-Lo lamento -siguió Pustenak- pero hubo después otro problema: intentaron dar parte de lo sucedido y tuvimos que eliminarlos.

-¿A los tres?!

-Sí, a los tres.

La noticia, de todas maneras, se conoció enseguida: eran las siete y catorce minutos cuando salía, repleta de gendarmes, una nave de guerra dispuesta a alcanzarlos. Pero había primero que ubicarlos, y eso requería de una búsqueda sistemática que demoró un buen rato: el transbordador, que no emitía señal alguna, resultaba difícil de detectar en medio de la cantidad de vehículos espaciales que se movían cerca de la Tierra. Abu Majdí, su piloto, después de las vacilaciones iniciales, actuó con la eficiencia de un verdadero profesional: no habían pasado cuarenta minutos cuando la pequeña nave se posaba, sin mayores problemas, a pocos kilómetros del sitio escogido para el aterrizaje: un desolado paraje de la Siberia Oriental, en el Territorio del Yakutsk. Cerca, muy cerca, los aguardaba un transporte que los llevaría hasta un lugar seguro.

La cruenta fuga de Ok-kae causó sensación: era el tipo de noticia que entusiasmaba a los millones de espectadores de la TVD, que suscitaba interminables declaraciones por parte de jueces y políticos, del personal de seguridad y -en este caso- también de líderes religiosos. Sus despiadados métodos, naturalmente, fueron repudiados y lamentados por todos los comentaristas.

Cuando Dukkuk conoció los hechos sintió, pese a la gravedad que tenía sin duda la situación, un cierto alivio. Swende se encontraba estudiando una partitura del siglo XIX y la música resonaba en toda la casa, con el peculiar timbre de sus instrumentos antiguos. El le hizo una expresiva seña y ella bajó el volumen:

-Ok-kae se ha escapado, lo acaban de decir por la TVD.

-¡No puede ser! ¿Dónde lo tenían?

-En Himalayas-5.

-Pero de allí es imposible salir! ¿Cómo puede haberse fugado de una estación en órbita?!

-Lo ayudaron desde afuera, por supuesto. Con él se fue un tipo de esa hermandad musulmana, de la Jihad... en el mismo transbordador de los

alimentos. La tripulación ha desaparecido. Dejaron atrás dos soldados muertos y dos heridos.

-Entonces se han unido...

-Sí, todo está claro ahora: los atentados, lo que significan los cubos que encontré en la mina abandonada. Sabes, Swende, no sé qué hacer... me siento extraño, como en los últimos meses del Servicio, cuando conseguía informaciones con las que no sabía luego cómo proceder.

-No te entiendo.

Entonces Andreas le contó lo que había podido deducir de los cubos que copiara en la mina y con los que había trabajado durante casi toda la noche. La información estaba en clave, en idiomas de difícil acceso y en un vocabulario poco convencional que resultaba casi imposible traducir pero, después de muchas horas, algo había captado. El plan, aparentemente, se desarrollaría en tres etapas: en la primera seguirían los atentados contra templos hanksis y otros objetivos menores, hasta el día que se denominaba como "5+3"; era imposible comprender qué significaban esas cifras pero, evidentemente, marcaban un punto clave en el proyecto de los terroristas. Tres días después, según todo lo indicaba, actuarían dos grupos diferentes en la segunda fase del proyecto, la operación "Khalistán". Luego de "Khalistán" venían indicaciones más vagas, que remataban casi siempre con expresiones confiadas de triunfo. Una de ellas decía: "..y a partir de este momento los hanksis no podrán defenderse y quedarán reducidos a cenizas". En los documentos, además, se hacían algunas alusiones insultantes hacia Rashawand Singh y se mencionaban insistentemente ciertos lugares: Yellowknife, por supuesto, y Río de Janeiro y Moscú, que eran importantes centros hanksis, pero también otros dos sitios que sorprendieron a Dukkok: La Meca y Amritsar.

-No sé -concluyó Andreas- no creo que ellos puedan recibir apoyo oficial del islam o de los sikhs... es prácticamente imposible que las jerarquías se comprometan con una banda como la de Ok-kae. Por eso me extraña la cantidad de veces que se habla de esas ciudades.

-¿Y a propósito de qué se las menciona?

-De comunicaciones y de viajes y, oscuramente, casi siempre en relación al día "5+6". Tengo la sospecha de que debiéramos actuar rápido, Swende, porque la fuga de Ok-kae significa que los planes de la secta están ya en marcha.

-Todo resulta un poco oscuro para mí, sabes? ¿No has podido captar nada de lo que hablan en la mina abandonada?

- Todavía no; el transmisor funciona bien, me parece, pero nadie ha estado allí desde que lo colocamos.

Dukkok, casi bruscamente, salió de la habitación. La crítica situación que se había creado lo colocaba ante un problema complejo, de múltiples aristas, donde quedaba en tela de juicio su propia identidad. Porque, ante el cariz que iban tomando los hechos, él no acertaba a reaccionar de un modo unívoco: era a veces el Pieri de otros tiempos, preciso en la acción, frío y enérgico, pero era también el nuevo Andreas, el hombre plácido que compartía la esperanza de un hijo con una artista, el líder religioso siempre dispuesto a dar su palabra de moderación y de consuelo.

Swende lo encontró meditando, en una pequeña habitación en la que a veces se encerraba cuando quería estar solo, mirando el inmenso panorama que se divisaba desde la ventana. No quiso interrumpirlo pero él, viéndola, le sonrió con dulzura.

-Querido, lamento interrumpirte, pero pienso que debemos hacer algo. Acaban de decirme que han ocurrido otros tres atentados contra nuestros templos. -dijo ella, acariciándole suavemente los cabellos.

Decidieron, después de considerarlo largo rato, convocar a una pequeña reunión para esa misma tarde. El asunto era demasiado delicado como para discutirlo públicamente en el Consejo, pues Dukkok no se atrevía a divulgar la aventura que habían tenido Fredek y él en el Klondike, ni los medios utilizados para obtener información: resultaban demasiado alusivos a su pasado, a un Dukkok que pocos conocían a pesar de los rumores que nunca dejaban de circular y que él no deseaba ahora confirmar.

En la reunión, lamentablemente, no pudieron decidir gran cosa, aunque Ana y Ferrá quedaron a cargo de difundir, a todos los capítulos y provincias hanksis, una alerta general: las reuniones en los templos se reducirían a un mínimo hasta nuevo aviso, las Casas de la Paz acogerían sólo a los peregrinos que se identificasen plenamente y se postergarían dos o tres festivales que ya estaban programados en diversas partes del mundo. Dukkok gestionaría una entrevista formal con Dowwe, para que s'Mou y Ambaristain pudiesen pedir mayor protección al gobierno federal e hiciesen valer los derechos que cabían a los estelares como religión de la Federación.

La reunión fue breve, práctica, pero no sirvió para disipar la preocupación que se abatía sobre quienes tenían la responsabilidad de responder a las vandálicas agresiones. Por eso un grupo, que se dispuso a permanecer en guardia toda la noche, se dirigió hacia la sala de transmisiones para iniciar su labor: lo conformaban Gwani, Dukkok y Fredek. Durante horas recolectaron todo tipo de datos, entrando incluso con discreción en los archivos electrónicos del propio Servicio. Pero poco en concreto pudieron averiguar: la policía, en definitiva, parecía saber menos que ellos.

Hacia la medianoche, Fredek, haciendo un gesto de cansancio, expresó su desánimo:

-Lo siento, pero esos asesinos tienen la fortuna de su parte. No hay forma de saber nada de ellos.

Gwani tomó las manos de él con cariño y nada dijo. Los tres quedaron en silencio, abatidos, durante un largo rato. Entonces -cuando el sueño los comenzaba a vencer y se aprestaban a organizar los turnos en que se rotarían para dormir- potente, claro, nítido, comenzó a oírse el transmisor que habían dejado en la mina. Las voces proferían exclamaciones aisladas, en un idioma que no conocían, pero aquello no era un inconveniente con los medios que Dukkok tenía a su disposición. En pocos minutos, gracias a las máquinas traductoras y a un buen sistema de grabación en dos etapas, los tres hanksis consiguieron una versión inteligible.

Lo que se desprendía de la conversación era que los hombres acababan de llegar e inspeccionaban el sitio. Se quejaban del frío y de la poca luz, y del desorden en que habían dejado todo. Después de un silencio prolongado hubo otro diálogo, más largo, en que intervinieron por lo menos tres personas. Ninguno de ellas, por lo visto, era Ok-kae, porque alguien dijo en tono imperativo:

-Vamos, deprisa, tenemos que recoger todo enseguida porque el jefe nos espera. No debemos dejar ningún rastro. Recuerden, esta es zona hanksi.

Por lo que oyeron después resultaba obvio que planificaban una acción en Moscú, o cerca de esa ciudad. Pero lo más interesante vino luego, cuando la misma persona dijo:

-Aquí todavía es cinco más uno, pero allá pronto será cinco más dos... ya nos falta poco.

-¿Qué dices?

-Las fechas, idiota, no te acuerdas? Cinco era el momento en que se escaparía el jefe. En cinco más seis será el gran día... para el que hay que preparar todo a la perfección.

- Está bien, está bien, no sé por qué tendrán que hacer las cosas tan complicadas. Ni siquiera tengo idea de lo que tendremos que hacer...

-Cállate, y mete esto en el auto, hay que llegar al Yakutsk antes del alba. A su debido tiempo nos informarán de lo que tenemos que saber. A mí tampoco me han dicho nada todavía, comprendes, es por nuestra propia seguridad. Cuanto menos sepamos es mejor.

Luego se oyeron muchos ruidos, entre ellos el típico de la partida de un automóvil. No estaba claro a qué habían venido los terroristas a su refugio, aunque uno de ellos se quedó allí después que los demás se marcharon. Lo oyeron hablar más tarde por el compucom con diversos sitios: Xian, Buenos Aires, San Diego. La red que habían construido los fanáticos era amplia, pero iba quedando poco a poco al descubierto. Tarde en la noche cesaron las transmisiones. El hombre, era evidente, se había echado a dormir.

Los tres hanksis analizaron la información que poseían y decidieron, aunque con la reticencia de Fredek, que era mejor no entregarla por entero a las fuerzas de seguridad. En realidad informaron de todo -de los sitios de los probables atentados y de lo dicho sobre el Yakutsk- pero sin mencionar la mina abandonada y los medios que utilizaban para obtener tantos datos.

Rato después, agotados, cayeron todos en un sueño liviano, atentos a los pocos sonidos que podrían hacer un hombre solo en un lugar tan aislado. Dukkok se sentía satisfecho porque al fin había averiguado con precisión la clave de las fechas, pero lamentaba no haber llevado consigo la noche anterior una cámara de televisión, porque así, sólo con el micrófono, perdían mucha información valiosa. El localizador del auto, afortunadamente, seguía funcionando: los hombres viajaban en silencio, sobre territorios poco poblados, hacia la Siberia Oriental. En el momento en que Dukkok fue vencido por el sueño la señal indicaba que, precisamente, comenzaban a atravesar el estrecho de Bering.



Durante los tres siguientes días los hanksis, atrapados por la diabólica situación, vivieron en medio de una singular angustia. Sabían, por encima de todo, que estaba en marcha una conjura macabra destinada a destruirlos por completo, pero eran incapaces de develar su mecanismo, de descifrar la forma y el sentido de lo que tramaban los conspiradores. Pero además debían hacer frente al desafío, inmediato y doloroso, de los continuos atentados de la banda de Ok-kae. Las informaciones que poseían, también en este caso, eran suficientes para alertarlos pero no bastaban para organizar una defensa completa, capaz de evitar los despiadados ataques: los estelares conocían los sitios en que -en cualquier hora desdichada- podría ocurrir una desgracia, pero no tenían clara noción del momento o de las armas que los fanáticos escogerían para llevar a cabo sus propósitos.

En esas horas difíciles, sin embargo, los hanksis demostraron que eran capaces de entender lo que significaba la verdadera solidaridad: nadie quiso rendirse ante la amenaza y miles de personas -espontáneamente y casi con alegría- hicieron guardias en los templos y en las Casas de la Paz, compraron sutiles detectores de armas y explosivos, vigilaron, permanecieron alertas y dispuestas a la lucha, mientras se organizaba rápidamente una vasta y discreta red de comunicaciones que se extendía por todo el planeta y convergía en el cuartel general que había establecido Dukkuk en Yellowknife.

Pero, a pesar de todos los esfuerzos, la violencia impuso ineluctable sus víctimas. Muchas de ellas cayeron por azar, por el simple hecho de estar cerca de algún templo o porque los disparos de los asesinos barrían las calles sin misericordia; no faltaron los curiosos, que pagaron con su vida el morboso placer de presenciar algunos enfrentamientos, pero la mayoría fueron jóvenes, valerosos hanksis que salieron a defender con fervor el derecho a practicar la religión a la cual recién se habían convertido. Mucha gente sintió verdadero asombro ante la magnitud de la persecución: no habían pensado nunca que las guerras religiosas pudiesen renacer en esa época con el furor olvidado que recordaban los textos de historia, y aparecer así, de pronto, con la sólida dimensión de las cosas reales. El balance fue aciago: se destruyeron en total una veintena de templos y muchos otros resultaron dañados. Las muertes, las inevitables marcas de esa lucha desigual, se acercaron lamentablemente al millar. Parecía demasiado para una religión que, en definitiva, había surgido sólo pocos años atrás.

Durante ese tiempo Dukkok casi no durmió. Mientras se elevaban plegarias y los cascos azules hacían su trabajo de rutina, él siguió en su pequeño cuarto de comunicaciones con sus amigos, estableciendo contactos, desesperándose cuando -impotente- no era capaz de impedir otra desgracia. Pero lo que de verdad lo angustiaba, más allá de esa salvaje agresión que algún día tendría que cesar, era la seguridad de que algo mayor se estaba preparando. Su preocupación, compartida sólo por un pequeño grupo de íntimos, giraba alrededor de la críptica operación "Khalistán" que -según sus cálculos- debía estar ya a punto de iniciarse.

Los dispositivos que Dukkok colocara para espiar los movimientos de sus enemigos funcionaban a la perfección. El hombre que se hallaba escondido en la antigua mina de oro permaneció allí todo ese tiempo. Era evidente que su rol se limitaba casi exclusivamente a servir de enlace entre los diferentes grupos que operaban en todo el mundo, que era apenas una pieza más de un amplio mecanismo sobre el que no tenía ningún control. El automóvil al cual estaba conectado el localizador fue encontrado, después de varias horas, por la policía de la Yakutiya. Pero en el no viajaba Ok-kae sino dos de sus secuaces, antiguos miembros de la secta de Los Desesperados, que en esos momentos se dirigían hacia el sur para cometer un atentado en Japón. El interrogatorio que se les hizo fue infructuoso: ellos nada sabían de otras operaciones y se limitaron a hablar, sin ser herméticos, acerca de las órdenes que habían recibido al despegar. Respecto al paradero de su jefe nada fueron capaces de decir porque, después del atentado, debían aguardar hasta que los convocasen nuevamente.

Poco a poco, gracias a la colaboración de Dowwe y a la menos legal intromisión en los archivos del Servicio, los hanksis fueron reuniendo la información dispersa que recogían de los terroristas que iban siendo detenidos, de lo que Warani Kaur les explicaba respecto a sus costumbres y sus métodos, de lo que hablaba Dallieri, el hombre escondido en la mina del Yukon. La casa de Swende y Dukkok no permanecía tranquila ni un momento, pues en ella convergían quienes buscaban o traían información, los miembros del Consejo, policías locales y hasta varios funcionarios federales. Pero a la pequeña salita sólo entraban los más allegados, siempre pocos a la vez, rodeando un equipo de trabajo que se centraba en el trío inicial: Dukkok, Gwani y Fredek. Los momentos de euforia se alternaban rápidamente con los de depresión: en varias ocasiones creyeron llegar al nudo de la conspiración pero luego, una y otra vez, tuvieron que admitir que esos hombres despiadados ocultaban muy bien sus movimientos.

Pero la paz tampoco reinaba en la mente de Ok-kae: aunque todo fuera desarrollándose del modo previsto -ya que en poco afectaban a sus propósitos los hombres que, aquí o allá, iban siendo apresados- él seguía alimentando una oscura sensación de fracaso, como si todo lo que hiciese siempre fuese a resultar insuficiente para alcanzar el triunfo. Confiaba, sin embargo, en la lealtad de su grupo, en el núcleo de ocho fanáticos, completamente fieles a su persona, que casi no habían participado en los hechos subsiguientes a la fuga. Cuatro, contándose él mismo, provenían de los más aguerridos *Desesperados* que persistían en su manera intolerante y apasionada de vivir; los otros cuatro, con Ibrahim como jefe, eran los miembros de la Jihad de los Justos que habían acabado por aceptar incondicionalmente su autoridad.

Desde su escondite, provisto por la Jihad, en una zona montañosa del sur de Turquía, dio los últimos toques a su plan: ordenó que estuvieran dispuestos las dos aeronaves que necesitaba, convocó a los siete restantes miembros de los dos comandos que se formarían, revisó los explosivos, las armas, los equipos de comunicaciones que se usarían en la operación Khalistán. Todo lo hizo con la precisión y la autodisciplina que aprendiera de Rashawand Singh en otros tiempos y concluyó sus preparativos más de una hora antes de lo que él mismo se había fijado como límite. Eso lo hizo sentirse más confiado.

Ibrahim, que había sido convocado antes que los otros, entró a la habitación con un aire sombrío y pesimista:

-Apresaron a otros dos hermanos esta tarde, Stek. Uno está herido.

-No te atormentes, Ibrahim, todo está saliendo casi como lo previmos.

-No sé... me preocupa que no hayamos conseguido darles un gran golpe... algo recio, definitivo. No me parece que así podamos acabar con ellos, Stek. Si las cosas siguen de esta manera terminarán por apresarnos a todos -Ibrahim, impaciente ya, agregó- ¿por qué no atacamos a Yellowknife de una vez? Deberíamos hacer algo directo contra los miembros del Consejo, por ejemplo, porque los simples actos de propaganda no nos van a llevar a ninguna parte.

Ok-kae hizo un gesto de disgusto, y respondió rudamente:

-Mira, vamos a aclarar algo: yo soy el que manda aquí, entiendes, y tengo un plan que tú no serías siquiera capaz de imaginar. Si yo no

hubiera organizado la fuga todavía estarías en Himalayas-5, viviendo casi como un vegetal, ¿o no te acuerdas ya de eso? -luego bajó la voz, y se enfrentó a la cara alterada de su compañero:- Ibrahim, todo saldrá bien, te lo aseguro. Confía en mí. Si siguen al pie de la letra mis órdenes los hanksis serán destruidos antes de que vuelva a salir el sol, completamente... pero de un modo mejor que si lo hiciéramos nosotros mismos: nunca podrán renacer porque serán millones y millones de personas las que los aplastarán.

-Pero, eso es imposible.. ¿cómo podríamos lograrlo? -dijo Ibrahim intrigado.

-Apenas lleguen los otros lo sabrás, porque el momento ya está próximo. Y apenas lo sepas te dispondrás a hacerlo. ¡Antes de que caiga la noche los estelares maldecirán el día en que hayan nacido!

A los pocos minutos comenzaron a llegar los demás conspiradores: primero lo hicieron los otros tres miembros de la Jihad, porque Ok-kae había dispuesto que ellos saldrían antes hacia su destino. Apenas se hubieron sentado él les habló firmemente, exponiendo su plan por medio de frases cortas, sin rodeos, usando un tono casi militar. Por fin, una exclamación de asombro brotó de quienes lo escuchaban. Ibrahim lo abrazó y lo besó con entusiasmo, diciendo:

-Hermano, sabía que debía confiar en tí! Has tenido una idea sencillamente prodigiosa!

Cuando salieron los cuatro miembros de la Jihad hacia el vehículo que afuera los aguardaba entraron a la sala, de inmediato, los otros tres conjurados. Ok-kae, que los conocía desde hacía muchos años, les habló en un lenguaje más emotivo, tratando de que renaciera en ellos la mística voluntad de *Los Desesperados*. Pero no lo logró completamente: sus camaradas aceptaron de buen grado las órdenes, disponiéndose a seguirlas sin protestar, pero no hubo júbilo entre ellos sino más bien asombro, una especie de incómoda sensación de sorpresa. Flores, el más reticente, se atrevió a asomar sus escrúpulos morales:

-Pero es que nunca habíamos hecho algo así, Stek. No sé si deberíamos, realmente, comprometernos en algo tan terrible...

-Ese fue el fallo de Rashawand: fue voluntarioso pero le faltó audacia -sentenció Ok-kae-. La única forma de vencer es estar dispuesto a arriesgarlo todo. ¿Retrocederás ahora, Flores, cuando el éxito ya está tan cerca de nosotros?

-Obedeceré, Ok-kae, -terció Pustenak- y sé que a veces hay que cometer actos blasfemos por un fin superior, pero no me gustará hacerlo... no es lo mismo que disparar contra un maldito gendarme.

-Tal vez tengas razón -le respondió el otro, conciliador- pero lo he pensado largamente: es necesario, absolutamente necesario. Créanme, debemos olvidar por el día de hoy todos los pensamientos que hagan vacilar nuestras manos, porque mañana veremos el triunfo. ¡Vamos ya! no podemos demorarnos más.

Eran las diez de la noche en Yellowknife cuando Fredek lanzó un grito:

-Entramos!, entramos!!

-¿Qué dices, te has vuelto loco ya?

-Miren: no reconocen esa cara?!

La transmisión del compucom, obviamente deformada por alguna poderosa interferencia, permitía observar, sin embargo, algo que los fascinó: la cara un poco redonda, alterada y tensa, de Stek Ok-kae. En pocos instantes conectaron también el sonido y tuvieron la oportunidad de escuchar, así, la sucesión de órdenes que iba impartiendo ese hombre obsesivo a los secuaces que trabajaban para él en diversas partes del mundo. No les resultó difícil ubicar la zona de donde partía la emisión, aunque no lo pudieron hacer con la precisión deseada: sólo determinaron que se hallaba a no más de mil kilómetros de Bagdad. El contenido de los mensajes de Ok-kae resultaba evidente: estaba reuniendo fuerzas para emprender una acción de mayor envergadura. Después de unos momentos, en que escucharon al prófugo con auténtico desasosiego, Dukkuk propuso:

-Por fin todo va encajando: están preparando la operación Khalistán; hoy es el día 5+5; ahora mismo está dando los toques finales a su plan. Debemos partir de inmediato, no hay tiempo que perder.

-Sí, tienes razón, vamos -dijo Gwani, mientras Fredek, asintiendo también, le explicaba a Swende cómo tenía que informar a las autoridades de lo sucedido.

Todo se hizo rápidamente: el viaje en automóvil hasta el transporte aéreo -que ya estaba completamente equipado a la orilla del lago- les llevó

apenas cinco o seis minutos; la interconexión con el compucom fue algo más larga, pero se realizó también eficazmente. Al rato, alarmados porque sabían que el tiempo actuaba en contra suyo, los tres hanksis atravesaban hacia el este la vasta superficie del continente americano.

Entretanto, muy lejos de allí, un hombre cavilaba acerca de las infinitas complejidades de la acción humana. Rashawand, a quien le faltaban pocos meses para acabar de cumplir su condena, estaba perfectamente informado de todo lo que sucedía. Aún antes de que los hanksis llegaran -laboriosamente- a la conclusión de que era Ok-kae el jefe de los terroristas él, sin más datos que las vaguedades que aparecían en la TVD, había interpretado bien los signos: sólo un hombre como ese, despiadado pero a la vez algo sentimental, era capaz de actos de esa magnitud. Bien lo conocía: con su aire sumiso pero dispuesto a transformarse a la menor oportunidad, con su reticente manera de asentir a todo lo que se le dijese, resultaba en realidad singularmente peligroso. Rashawand creía también adivinar sus sentimientos, pues su conducta durante el juicio en Vancouver había sido por demás explícita. Sólo se preguntaba, expectante, cuándo llegaría hasta él. Esperaba su ataque y sabía, con la certeza de quien conoce los íntimos deseos de los otros, que no lo querría matar directamente: no debía preocuparse de un láser que lo sorprendiese o de una bomba que estallara durante su no vigilado sueño. Ok-kae no actuaría así, estaba seguro. Antes de matarlo desearía insultarlo largamente, convenciéndose de paso a sí mismo de que tenía la razón, gritándole tal vez, o dirigiéndole palabras tan heladas como sus esperanzas.

Hubiera anhelado estar todo el tiempo con Warani porque ahora, definitivamente, había aceptado que la amaba. Pero eso era del todo inconveniente porque, en tal caso, sus enemigos la podrían encontrar más fácilmente, y eso era lo que menos deseaba en el mundo. Por tal razón, apelando a todo su control, decidió permanecer así, simplemente esperando en su casa, la casa que se elevaba entre los magníficos árboles que tanto amaba y que eran ya como los inseparables compañeros de sus pensamientos.

El transporte aéreo redujo su velocidad al aproximarse al Mediterráneo Oriental: debían ahora hacer un esfuerzo especial para localizar con precisión a Ok-kae porque, durante el viaje, el fugitivo podría haberse alejado bastante de la zona. Lo que decepcionaba a Dukkuk era que el

compucom que habían detectado permanecía silencioso, sin exhibir ningún signo de vida desde el momento en que partieron de Yellowknife. Así era imposible seguir adelante, puesto que no podrían llegar a conocer el lugar exacto del comando de Ok-kae. Los terroristas podían estar, seguramente, ya muy lejos de allí.

En vista de las circunstancias, y mientras Fredek comenzaba a rastrear posibles señales que lo condujeran otra vez hacia el último de los Desesperados, Andreas decidió ponerse en contacto otra vez con Yellowknife. Swende le dio una noticia que lo alentó: el compucom de Ok-kae estaba, de acuerdo a lo que reportaban los federales, en un sitio definido del sur de Turquía. Pero, según parecía, ya nadie quedaba allí.

-Fredek -dijo Dukkok- la situación ha cambiado. Ya no es importante llegar hasta ese lugar, todos se han ido.

-¿Entonces, adónde nos dirigiremos? -preguntó preocupada Gwani, que mantenía los controles de la aeronave.

-No sé, déjame pensar... podrían estar en cualquier lugar más o menos cercano. Es imposible saberlo.

-Tal vez lo mejor sería llegar hasta el sitio que acaban de abandonar. Pueden haber dejado algún rastro, algo que nos sirva como una pista...

-Está bien, lo haremos... no nos queda otro remedio.

Pero ellos sabían que así perderían un tiempo precioso y que, en todo caso, ya la policía o los cascos azules estarían examinando aquel lugar. La otra alternativa, tratar de encontrarlos al azar dentro de ese dilatado espacio aéreo, no resultaba sin embargo muy alentadora: era como buscar un pez en medio de un inmenso lago.

Mientras Gwani continuaba dirigiéndose hacia el sitio indicado, ellos dos, febrilmente, se ocuparon de las comunicaciones: consultaron con Warani, hablaron con dos templos estelares próximos al lugar y, además, encontraron la forma de penetrar en las transmisiones internas de la policía. Gracias a esto captaron una diálogo que les indicó que había una aeronave -en la que presumiblemente viajaba Ok-kae- que se estaba dirigiendo hacia el sur. Los cascos azules la habían seguido sin verla, sólo por medios electrónicos, pero había desaparecido súbitamente, emitiendo una señal de alta energía: se sospechaba, por ello, que se había estrellado en pleno desierto arábigo, a unos cien kilómetros de Jiddah pero lejos de la costa.

Hacia allí se dirigieron, volando sobre el Egipto para no recorrer las mismas rutas que los vehículos oficiales, ahora sí, a toda velocidad. Fue cuando cruzaban el Mar Rojo que Dukkok, recordando súbitamente algo que permanecía como escondido en el fondo de su mente, volvió a revisar los cubos que había encontrado en la mina del Yukon. Entonces, excitado, llamó a sus amigos:

-Fredek, trae ese mapa! Creo que ya he entendido de que se trata la operación Khalistán! Es algo alucinante...! Tenemos que dirigirnos hacia La Meca de inmediato!



22

Ti

La primera parte del plan había concluido con éxito: a pesar de que el refugio en las montañas fuera localizado mucho antes de lo pensado Ok-kae, mirando a su alrededor, constató que sus hombres ya se hallaban a salvo, bien lejos de miradas inquisidoras que pudieran echar por tierra sus propósitos. Los policías había detectado demasiado tarde a la pequeña y rápida aeronave y por eso no habían podido seguirla. A unos metros de allí, en medio del desierto, un montón de plástico ardiente, de penetrante olor, era el único residuo visible del simulado accidente. Todo estaba en silencio.

Los cuatro hombres caminaron sobre un extenso depósito de lava que formaba, aquí y allá, pequeñas cavernas naturales. Tenían ante sí un panorama amplio, vacío, que relumbraba intensamente bajo la poderosa luz del mediodía; el viento del desierto soplaba sin cesar haciendo un ruido extraño sobre sus cuerpos, como si se tratara de algo más que de una corriente de aire inanimado. El paisaje era excesivo, inhumano, y producía un desasosiego profundo.

Al cabo de unos minutos Ok-kae, que se iba guiando por un pequeño detector, encontró el lugar donde debían esperar a que los recogiesen. Poco después apareció un automóvil, que llevaba con los colores de la guardia oficial de la Gran Mezquita de La Meca. Lo conducía un árabe grueso, que en su boca contraída exhibía la tensión que no develaban sus ojos ni sus palabras. Se cambiaron las vestiduras en unos momentos y arrancaron hacia el sur, hacia la ciudad, a baja altura y poca velocidad, porque no podían ahora permitirse el lujo de despertar sospechas.

Dukkok, entretanto, confirmó su corazonada hablando directamente con Rashawand. Era algo riesgoso para el lejano recluso, pero necesario para todos. *El Desesperado*, desde muy lejos, lo alentó en sus sospechas:

-Sí, es algo diabólico, que yo nunca hubiera hecho, pero es muy probable que tengan razón. Me parece recordar que él y Dallieri mencionaron una vez algo así. No fue siquiera discutido.

Desde ese momento, ya sobre Arabia, Gwani se esforzó por ubicar a los terroristas: sabían ahora, casi con certeza, que su objetivo era la ciudad santa de los musulmanes. Pero, a pesar de que se hallaban todavía sobre el desierto, la búsqueda resultaba difícil, casi imposible, porque miles de viajeros se desplazaban en todos los medios de locomoción imaginables hacia o desde la Meca. El grupo que buscaban podía estar en cualquiera de los centenares de vehículos que veían, o quizás estaba oculto, aguardando en algún lugar de las cercanías. No había forma alguna de saberlo.

Dukkok, por ello, decidió dirigirse por radio hacia las autoridades de la ciudad, mientras se acercaban al único aeropuerto que podían utilizar las naves no oficiales. La Meca, como ciudad sagrada reconocida por millones de creyentes, poseía particulares privilegios: era uno de los pocos sitios del planeta donde existía una religión oficial y se necesitaba una especie de visado para poder entrar a su perímetro. Por eso era preciso actuar con tacto pues ellos, al fin y al cabo, no eran más que infieles aproximándose al más santo de todos los lugares.

Pero los hanksis fueron incansables. Hablaron primero con los técnicos del aeropuerto y luego con los funcionarios de seguridad hasta que explicaron su caso, mientras todavía estaban en el aire, a un dignatario que los escuchó impenetrable. El procedimiento era lento, laborioso, pero por fin lograron aterrizar con la venia de un importante imán, quien los recibió con escepticismo. El religioso, que estaba a cargo de toda la vigilancia de La Meca en esos momentos, preguntó por fin:

-Bien, ¿pero cómo puedo yo saber que hay algo concreto detrás de lo que dicen, que no es simplemente una alucinación persecutoria la que los ha traído hasta nuestra ciudad?

-Venerable Ammar: ¿qué interés podemos tener en sembrar aquí la alarma? Por otra parte, ustedes nada pueden perder si controlan de un modo severo las entradas de la ciudad durante algunas horas. Nada

malo sucederá, y en cambio tendrán la posibilidad de evitar una horrible tragedia, el sangriento atentado que seguramente han planeado esos monstruos. Además pueden consultar a los cascos azules, a la policía o hasta con el mismo Servicio; todos les confirmarán la historia que contamos.

-Así lo haré: no puedo pasar por alto sus denuncias, pero no actuaré con precipitación. Ustedes aguarden aquí, que pronto serán atendidos.

Los hanksis, sin saber si habían logrado su objetivo o si simplemente estaban detenidos, quedaron en una pequeña sala cubierta de tapices, aceptando sin alternativas los amplios asientos que se alineaban a lo largo de todas las paredes. Pero el Venerable Ammar, a pesar del aire alocado que traían los viajeros -y que lo inducía a no tomar demasiado en serio sus denuncias- optó prudentemente por seguir sus consejos: dio a los Jefes de Puerta órdenes de controlar estrictamente las entradas y a los guardianes del templo les indicó que, sin causar mayor alarma, fueran tratando de reducir en lo posible las aglomeraciones que siempre se producían. Luego, sin perder un instante, comenzó a trabajar con el compucom.

El automóvil, guiado por el árabe, se iba acercando hacia la entrada del Este, usualmente la menos utilizada. La Gran Mezquita, desde allí, aparecía a menos de dos mil metros de distancia, majestuosa y esbelta. Pero el tránsito se había vuelto lento, como si algo sucediese más adelante:

-¿Qué ocurre? -preguntó nervioso Pustenak.

-Esto es normal -le respondió con aire de suficiencia Ok-kae- La Meca es una ciudad de estatuto especial y hay controles en cada entrada. En este automóvil nadie nos descubrirá.

El conductor, mirando de reojo a Ok-kae, lo contradijo sin eufemismos:

-Normalmente no es así, sin embargo. Algo sucede... tal vez un inconveniente transitorio, no sé. No es usual que demoren tanto en este puesto.

-¿Y no puedes avanzar por el lado? Al fin y al cabo tenemos insignias de la Guardia.

-Sí, tal vez sea lo más conveniente, aunque raramente se hace... Tal vez debiéramos esperar un poco.

Ok-kae, después de unos minutos, y viendo que las cosas en nada mejoraban, decidió hacerse cargo de la situación:

-Busca un canal más elevado, pero mantente a baja velocidad, como si estuvieras investigando lo que sucede.

El conductor alzó un poco las cejas y obedeció. En algunos segundos se halló prácticamente enfrente de la guardia y entonces, con lamentable impericia, hizo que el automóvil aterrizara bruscamente. Lo hizo mal, rozando prácticamente a otro vehículo que no había visto su descuidado descenso, y se colocó al lado de la caseta de control. El grueso árabe hizo entonces un gesto de saludo, afectando quizás demasiada despreocupación, pero desde dentro nada le contestaron. En ese momento Ok-kae, aferrando su arma, comenzó a sentir que algo importante había salido mal, mientras veía con preocupación cómo el guarda les indicaba que aparcaran a un lado, debajo de un arco labrado. El hombre que manejaba, sin poder evitar dirigir su mirada hacia Ok-kae, cumplió lentamente la orden.

Durante unos tres minutos permanecieron así, silenciosos, encerrados dentro del pequeño automóvil, impotentes y tensos. El guardia, entretanto, nada parecía hacer. Pero dentro del puesto también reinaba el nerviosismo: uno de sus compañeros, usando la línea directa, se había comunicado con sus superiores y decía:

-No sé exactamente qué es, pero hay evidentemente algo bastante extraño. Sí, el automóvil es nuestro, aunque el conductor no es conocido. Son cinco hombres, eso a veces es ocurre, pero no es lo corriente a esta hora.

Desde la pantalla del compucom, entonces, surgió la cara preocupada del venerable Ammar:

-Hermanos, no pierdan la calma, y por nada del mundo dejen avanzar a ese automóvil. Manténganlo allí por unos momentos, mientras ven estas caras -mostró enseguida los retratos de Ok-kae, Pustenak y Flores, modificándolos rápidamente de diversas maneras para que pudieran reconocerlos aun cuando se hubiesen maquillado-. Si alguno de ellos está allí presente deténganlos de inmediato pero con cuidado, con *mucho* cuidado, porque esa gente es auténticamente peligrosa. Alá los proteja.

Mientras tanto Ok-kae, discretamente, había logrado observar cómo los hombres conversaban por el compucom. De inmediato sacó sus conclusiones: o hacían algo ya, sin ninguna dilación, o serían atrapados a pocos pasos de su objetivo.

Tres de los guardias, haciendo sólo movimientos cautelosos, se dirigieron hacia la puerta de la caseta. Fue entonces cuando Ok-kae se decidió a actuar:

- ¡Vamos! ¡sígueme! -exclamó, y salió del auto con un láser en la mano, corriendo, rumbo hacia la Gran Mezquita que se imponía a todo el paisaje circundante con sus dos altos minarettes de clarísimo marmol. Sólo Flores tuvo velocidad para seguirlo, porque los otros dos *Desesperados* fueron literalmente quemados por los láseres de los guardias, que ya habían salido del puesto de control. El árabe, que trataba vanamente de poner en marcha el automóvil, quedó atrapado dentro de él: rápidamente fue cercado por una especie de escudo electrónico, que impidió que la máquina se pusiese en movimiento. Sin poder hacer nada, maldijo el estúpido momento en que se había unido a esos hombres perversos, alzó los brazos y, resingado, se entregó.

La rápida acción de los guardias, de todos modos, no fue suficiente para impedir el pánico, porque Ok-kae y su acompañante, aprovechando la confusión, se adentraron en la ciudad. Se dirigieron corriendo hacia donde ya se agolpaba una pequeña multitud curiosa, frente a unas casas bajas, mientras eran perseguidos de cerca por los guardias. La gente gritaba y aullaba, sonaban sirenas y alarmas de todo tipo, y hasta los tiros: ante a esa multitud los custodios del templo no podían ya usar sus láseres, porque corrían el riesgo de provocar una masacre, y empleaban entonces las convencionales pistolas con dardos autoguiados. Pero Flores y Ok-kae también disparaban de a ratos, hacia atrás, con sus terribles armas, eliminando cada vez a alguno de sus adversarios.

La persecución, en definitiva, no podía durar mucho: los fugitivos iban siendo cercados por innumerables guardias, que acudían desde todas direcciones, y se vieron pronto encerrados en una red de callejuelas que no conocían. Sin querer, en la prisa de la huida, se habían ido alejando del centro de la ciudad y estaban ya próximos a otra puerta, la del norte. Los fugitivos corrían desesperadamente, tratando de ocultarse con la idea de regresar luego hacia su objetivo, pero ya era imposible. Penetraron en un callejón estrecho, que aparentemente estaba desierto y, cuando Flores trataba de forzar una puerta que había hacia la izquierda, divisó cómo -a poca distancia- se acercaba un helicóptero

liviano. Alzó la mano para advertir a su compañero y Ok-kae, en ese momento, viendo que el pasaje no tenía salida y que no había forma de escapar, le gritó a Flores:

-¡Tenemos que hacerlo ya, aunque no lleguemos a la Kaaba!

Flores, acatando la orden, se dispuso a sacar la terrible bomba: era un explosivo de enorme poder, capaz de hacer volar en pedazos todo lo que hubiera en centenares de metros a la redonda, que podía accionarse como un misil mientras desplegaba su corto vuelo. Ok-kae, mirando alrededor, también sacó su arma: no se trataba en este caso de un explosivo sino de una lumenia, un sistema electrónico de señales que reaccionaría con la bomba para escribir sobre el cielo -ionizando los átomos de la atmósfera- un terrible mensaje: **"DESTRUIMOS LA CUNA DEL ATRASO Y LA SUPERSTICION. MAHOMA FUE SOLO UN IMPOSTOR. EL UNICO PROFETA VERDADERO ES HANKL OZAY"**. Más abajo, a modo de firma, aparecería entonces en color rojo un nombre: **"RASHAWAND SINGH"**.

Pero todo acabó en ese momento: un poderoso dardo buscó el amplio pecho del apasionado Ok-kae y lo destrozó. No tuvo tiempo siquiera de mirar a Flores porque cayó, pesadamente, sobre las piedras y la arena suelta que cubrían la acera. Flores, súbitamente aterrorizado, soltó la bomba y las armas que llevaba. Alzando los brazos recordó que aun la peor de las prisiones es un sitio habitado por hombres vivos.

Los tres hanksis habían permanecido prácticamente incomunicados, en la lujosa salita, durante todo el tiempo que duró la aventura. Estaban encerrados como prisioneros, aunque a cada instante entraban al cuarto amables servidores que les ofrecían refinados alimentos y toda clase de bebidas, de bebidas sin alcohol, por supuesto. Cuando ya desesperaban, porque llevaban casi una hora en esa incertidumbre, apareció otra vez ante ellos la atildada persona del venerable Ammar. Con una levísima inclinación y extendiendo los brazos con las palmas hacia abajo, dijo con voz dulce:

-¡Alá los proteja! Durante siglos les agradeceremos esto!

-¿Qué pasó? -dijeron los tres casi al unísono, impacientes.

-Vengan conmigo, les mostraré -y comenzó a relatarles lo sucedido.

Cuando estuvieron frente a la bomba, Dukkok, consternado, explicó a los demás lo que hubiera podido ocurrir:

-No sólo hubieran hecho volar la Gran Mezquita sino a media ciudad. Esto es terrible... estaríamos lamentando ahora quizás miles de muertes.

-De todos modos la persecución fue dura. Han muerto más de treinta personas, entre peregrinos y sagrados guardias. Pero esto no es lo peor, créanme. ¿Saben qué es este aparato?

-Sí -dijo Dukkok-, una lumenia, y de buena calidad.

-Vean qué dice...

Al leer el mensaje todos quedaron asombrados:

-Es increíble hasta dónde puede llegar el ser humano cuando se decide a hacer el mal -dijo deprimido Fredek.

-Sí, aunque yo sospechaba algo así. Era inconcebible que ese hombre vengativo olvidara tan pronto a Rashawand -agregó Dukkok.

-Hemos sido afortunados al poder evitar una desgracia, una acción destinada a sembrar un odio tal vez inextinguible -afirmó el Venerable.

En ese momento, visiblemente nervioso, un asistente se acercó hasta el anciano y murmuró unas pocas palabras.

-Tienen una llamada desde el propio Senado Confederal. Acompañenme, desde aquí podrán hablar tranquilos.

Vieron enseguida la conocida cara del senador Dowwe dominando la amplia pantalla de ese compucom. Estaba serio.

-Senador!, pudimos impedirlo! ¿Se ha enterado de lo que acaba de pasar? -dijo eufórico Dukkok.

-Sí, acaban de darme todos los detalles.

-Hubiera sido espantoso, ¿verdad?

- Sí -repitió el senador, pero bajó la vista. No daba muestras de alegría, ni siquiera se lo notaba aliviado por el desenlace. Era increíble, pero parecía más bien como si estuviese contrariado o preocupado por algo.

-Pero, ¿qué ocurre? -Dukkok, alarmado, había captado inmediatamente la evidente expresión del senador.

-Prepárense para una mala noticia, hijos míos. Algo horroroso acaba de suceder.

-En Yellowknife?!

-No, no en Yellowknife -tomó aliento, y dijo luego lentamente, marcando bien las palabras-: Acaban de destruir completamente el Harimandir, el Templo Dorado de Amritsar, el lugar más sagrado de la religión sikh. Los muertos se cuentan por millares.

Todos, hasta el propio venerable Ammar, lanzaron una exclamación de asombro. Pero Dowwe continuó:

-La lumenia, como se imaginarán, no decía nada bueno -y mostró su texto: JAMAS OLVIDAREMOS. EL UNICO PROFETA VERDADERO ES HANKL OZAY-. Esta vez no había firma...

-Pero... es una calumnia espantosa...

-Sí, sí, no tienen que explicármelo. Escúchenme, en estos momentos es preciso no perder la calma. Hay que prepararse para un período difícil. Va a llevar cierto tiempo explicar a todo el mundo lo que en verdad ha sucedido.

-Hacia allí iba el otro grupo... el que salió de Turquía antes que Ok-kae... -musitó Gwani.

-Sin duda. Pero ellos no fallaron, nadie alcanzó a detenerlos.

Hubo luego un largo y deprimente silencio. El senador, antes de cerrar la comunicación, agregó:

-Sería mejor que regresasen a Yellowknife cuanto antes y que nos mantuviésemos todo el tiempo en contacto. El grupo de Ibrahim ha dejado demasiadas pistas y no resultará difícil atraparlo. Pero, como comprenderán, con eso no se soluciona el problema que enfrentamos.



La noticia se propagó por el Punjab más rápidamente que si la llevara la misma TVD. Eran miles, decenas de miles, millones de personas las que difundían los hechos: al principio muchos no podían creerlo, tan lejos de sus mentes estaba la posibilidad de algo semejante, tan asombrosa resultaba una agresión para la cual no podían recordar ningún precedente. Luego la sorpresa fue tornándose en indignación y la indignación en protesta. A medida que se confirmaba la noticia, que se conocían los detalles del atroz atentado, la gente comenzaba a salir a las calles. El hecho había ocurrido a las 3.15 de la tarde, hora local, pero ya poco después eran millones de personas las que se agolpaban frente a los templos, sollozando, gritando, pidiendo información y consejo a sus maestros, exigiendo alguna forma de compensación o de venganza. Amritsar, en esas primeras horas, era un verdadero caos de gritos, manifestaciones airadas y fanatismo religioso, un hervidero de rumores que crecía bajo el rojo cielo de un lento atardecer.

La velocidad de estos sucesos hizo que los demás actores del inmenso drama aparecieran como torpes, lentos, incapaces de comprender la intensidad de aquellos sentimientos. El remoto gobierno de la Federación, como es lógico, mostró más preocupación por detener a los terroristas que por aplacar enseguida a los ya exaltados habitantes del Punjab: el complicado mecanismo de la política mundial no tenía la agilidad necesaria para responder a desafíos imprevistos.

La captura de Ibrahim se logró antes de esa misma noche cuando éste, junto con sus tres compañeros, se dirigía hacia el sur del mar Caspio. No hubo resistencia. La pequeña nave aceptó la orden de descender y se dirigió sin prisa al lugar que indicaron las fuerzas de seguridad. Sus ocupantes fueron inmediatamente desarmados y detenidos, y arribaron al cuartel general de Qom sin haber pronunciado una sola palabra que pudiera incriminarlos. Pero allí se derrumbaron.

Ninguno de los cuatro fue parco en su confesión. Ibrahim, ante la primera pregunta, bajó la cabeza y comenzó a hablar. Todo lo contó: la forma en que realizaron el atentado, las razones que diera Ok-kae para llevarlos a cometer esas acciones, lo que pensaba de los hanksis, de los sikhs, de los cristianos y de los musulmanes. La policía incluso tuvo dificultades para entender lo que decía, porque los otros tres lo interrumpían continuamente, dando su propia versión de los sucesos. Todos parecían deseosos de hablar, como si quisiesen lavar una culpa que los afectara

demasiado, como si la sucesión de los acontecimientos hubiese escapado a su control, hundiéndolos en la confusión. Ibrahim, retornando a la seguridad de sus sentimientos religiosos, mostró franca alegría cuando se enteró del fracaso del atentado a La Meca, aunque lloró cuando supo de la muerte de Ok-kae y de los inmensos daños que su artefacto había causado a la ciudad de los Sikhs. Las respuestas de todos se tiñeron, así, de cierta incongruencia, pero nada impidió que se conocieran los más íntimos detalles de la infame conjura.

Mientras esto ocurría, y se ponía en marcha el lento proceso de sanción a los culpables, el gobierno local del Punjab comenzó a preocuparse seriamente por el cariz que iban tomando los hechos. Su primera decisión fue difundir una declaración solemne en la que se exhortaba a todos a la calma, prometiendo un rápido castigo para los responsables del pavoroso atentado. Su texto, repetido obsesivamente por todos los medios de comunicación desde temprano, fue deplorablemente escueto, demasiado racional y lógico, completamente inadecuado para penetrar en el ánimo de la exaltada muchedumbre. Era imposible contener ya sólo con palabras a una multitud que iba pasando en minutos del estupor al odio.

En Yellowknife, el Consejo Ecuménico, reunido ante la emergencia, ordenó que todos los templos y Casas de la Paz de Asia del Sur fuesen cerrados de inmediato, para evitar nuevas víctimas. Los hanksis, realmente, estaban desesperados: tenían que hacer comprender en pocas horas, a una humanidad indiferente o enardecida, que ellos seguían siendo el grupo pacifista de siempre, que todo se trataba de una gigantesca maquinación para inculparlos de un crimen monstruoso.

Pero nada de esto llegó durante esa terrible noche a los millones de seres que, en el Punjab y otras regiones próximas, aterrorizados pero a la vez dispuestos a sembrar el terror, comenzaron a recorrer las calles. La violencia, de hecho, se había iniciado casi de inmediato: no eran aún las seis cuando en la pequeña ciudad de Gurdaspur alguien descargó su ira arrojando una piedra contra el nuevo templo de los hanksis, que con tantas esperanzas se había levantado frente a una plaza sombreada de mangos. A ese primer proyectil, inocuo e irresponsable, le siguieron otros y otros, miles de objetos de todo tipo y tamaño. Aparecieron al momento las armas, las cápsulas explosivas, los ingenios que siempre ha concebido el hombre para consumir la destrucción y la muerte. El templo, en menos de media hora, quedó reducido a cenizas. Por todas partes comenzó a emerger el terrible panorama de los incendios, la sangre de los heridos, los escombros esparcidos a lo largo de lo que habían sido pacíficas avenidas.

En esas primeras horas de sorpresa el gobierno del Punjab, considerando que las protestas eran un problema de orden público que se podía resolver con algunas pocas bombas de gas sedante, sacó a la calle a sus mejor entrenados cuerpos policiales. Los resultados fueron magros: muchos de los agentes fueron atacados por las turbas pero otros, la mayoría quizás, actuó de un modo totalmente sorprendente. Ellos también eran sikhs y también se sentían ofendidos e irritados, impotentes frente a la masacre que no habían sabido impedir. Por eso se unieron a la muchedumbre, sin compasión para con los que iban resultando las víctimas del descontrol, utilizando sus armas como puntales del desorden.

El gobierno continuó con sus vanos intentos para evitar el caos hasta eso de las once: ya a esa hora se contaban catorce templos hanksis destruidos, infinidad de incendios, saqueos y agresiones, y por lo menos una veintena de asesinatos. La multitud no sólo vertía su ira contra los hanksis -que al fin y al cabo no eran muy numerosos en esa región- sino que se ensañaba con todos quienes no fuesen sikhs: cristianos y mahometanos, hinduístas y minorías extranjeras de toda procedencia. Antiguos odios, en apariencia olvidados, resurgían intactos tras la atrevida provocación.

Pero luego los manifestantes, especialmente en Amritsar y en otras grandes ciudades, cambiaron de dirección como cambia de dirección el viento: se encaminaron hacia las oficinas de las Naciones Federadas exigiendo que la ciudad obtuviese un estatuto de privilegios similar al de La Meca pues, según se decía, eso había salvado a los mahometanos del ataque intentado contra su sagrada ciudad. Los más exaltados, entretanto, unas diez mil personas entre las que se contaban las mismas fuerzas policiales que tenían la misión de dispersarlas, se congregaron frente a la sede del gobierno regional enarbolando la más radical de las propuestas: la secesión pura y simple del Punjab, el abandono de la Federación. Antes del amanecer, viendo que la presión aumentaba y que no era posible ninguna negociación, el gobierno local renunció en pleno.

El día siguiente trajo terribles y continuas novedades. Se equivocaron los hanksis que pensaron en una reacción limitada, circunscrita a los miembros de la colectividad sikh; se equivocaron los miembros del gobierno y del Senado Confederado que supusieron que se hallaban ante uno más de esos eternos problemas locales, que siempre comienzan con exigencias de más autonomía pero concluyen cuando se aumenta el presupuesto. A medida que la Tierra giraba y que iba amaneciendo en regiones situadas más hacia el oeste, a medida que llegaban con claridad las noticias de lo sucedido en Amritsar, se despertaban pueblos

que iban compartiendo la ira, el deseo de expresar frustraciones y odios a los que ahora podía darse cauce. Había para algunos, por fin, una víctima propiciatoria sobre la cual descargar violencias contenidas: los hanksis, los ateos e irreverentes que fomentaban un culto herético lleno de libertad, se habían convertido súbitamente en responsables de todos los males conocidos. Su misma novedad, su desarraigo frente a tradiciones de milenios, los hacían fáciles presas del odio irracional, pues eran como el símbolo de un mundo nuevo que muchos se resistían a aceptar.

Nadie estaba preparado para ello, para una revuelta tan vasta, tan indisciplinada y carente de objetivos, tan brutal y sanguinaria. Hacia el mediodía, en toda la India, en Australia y en las vastas áreas dominadas por el Islam, los muertos se contaban ya por miles: era una expresión de furor incontenible, un arrebató colectivo que nadie estaba en condiciones de detener. En muchas otras regiones estallaban también protestas aisladas, ligadas o no a problemas religiosos, que mostraban en toda su magnitud la debilidad de un Gobierno Federal siempre sentido como remoto y algo extraño, sólo entendido como propio por minorías cultivadas entre las cuales, coincidentemente, se extendía con más fuerza la prédica de los hanksis.

La TVD, en un esfuerzo desesperado, elaboró un programa especial que fue transmitido repetidamente, en todas las frecuencias y en todos los idiomas: la escena central la constituía un breve relato de Ibrahim, donde el miembro de la Jihad de los Justos explicaba la forma brutal en que se había escapado de Himalayas-5 y los objetivos que perseguían los atentados contra La Meca y Amristar. La crueldad de todo ese proyecto, expuesta así, abiertamente, tenía una especie de candidez que la hacía rayar en la inocencia. Pero tal vez por eso era más útil, más persuasiva, porque de esa manera se transmitía con nitidez toda la atroz demencia del plan de Ok-kae. También, mediante un excelente y novedoso montaje, podía verse al venerable Ammar contando los sucesos sobre el fondo de la hermosa mezquita que tan bien supiera custodiar; a Ana, pronunciando palabras de paz y de concordia; a un Gran Gurú de los sikhs exhortando a la calma. Luego de esas escenas, en una breve declaración, el Gobierno Federal hacía un llamado a la serena reflexión.

Adaniy, la verdadera inspiradora de esta campaña, había entendido que era preciso utilizar un tono emotivo, cálido, que pudiera imponerse a las pasiones descontroladas. No le había sido difícil convencer a Dowwe de lo urgente que era actuar porque éste, como casi todos los miembros del Senado, sentía ahora la fragilidad de una Federación que en pocos días podía disolverse como si nunca hubiese existido. Afortunadamente

las protestas carecían de un eje, de una dirección unificada que las llevara hacia una meta definida. Dowwe, con la prudencia de siempre - aunque aterrado como todos- se dispuso sabiamente a esperar: era imposible que las cosas continuasen así por muchos días más. En cuanto al destino de los hanksis, se dijo, nada se podía predecir hasta que no amainara la gigantesca confusión.



24

Cr

- Como a los antiguos cristianos, que alguna vez también lucharon por un mundo nuevo, nos ha llegado ahora a nosotros el tiempo de las catacumbas -afirmó Ferra, un poco solemne, al comenzar otra de las innumerables reuniones que venían sosteniendo en las últimas horas. Y ciertamente, al igual que años atrás, el grupo rector de los hanksis se veía en medio de una tormenta que no había querido desatar, acosado, enfrentado a las reacciones de quienes los aborrecían o despreciaban.

Estaban nuevamente en la casa de s'Mou, en uno de sus profundos sótanos, donde no llegaban ni el frío ni la agitación de la superficie. Ana, calmadamente, presidía la reunión, a la que asistían unas treinta o cuarenta personas. Ella había logrado, especialmente durante los últimos meses, sobreponer su liderazgo a las disputas que, día a día, parecían amenazar la propia existencia del Consejo Ecuménico. Ahora, tratando otra vez de serenar a los presentes, comenzó a explicar con su habitual paciencia:

-Sí, hermanos, yo sé que lo que sucede es grave, que es como si se destruyera de pronto todo lo que hemos logrado edificar después de la muerte de Hankl. Pero es preciso que algunos sepamos mantener la calma, que no perdamos el control de nuestros nervios y miremos un poco hacia adelante, hacia el futuro. Y pienso que debemos ser nosotros, *todos nosotros* -recalcó- los que demos el ejemplo. Este es un buen momento para recordar lo que decía Hankl respecto a las autoridades y los dignatarios: él no quería obispos o ayatollahs, quería un Consejo de Sabios, porque con sabiduría...

-Pero ya han matado a algunos miles de los nuestros y el motín se está convirtiendo en una carnicería! -la interrumpió irritado alguien, con voz ronca, desde el fondo de la sala.

-...y han destrozado por lo menos a doscientos treinta de nuestros templos y Casas... lo sé -completó Ana sin ironía- pero hay que pensar de todos modos positivamente, entienden, no entregarse a la autocompasión. Hay una ancha parte del mundo en la que no ha sucedido nada; en Yellowknife, por ejemplo. Aquí la mayoría de la población nos sigue, el alcalde Atgoll es hanksi, la tranquilidad ha sido absoluta. Y así en muchas otras regiones, en la mitad del mundo por lo menos -ante algunas miradas escépticas Ana continuó-: Esto no puede durar eternamente... tiene que tener un fin. El motín va a ir acallándose, como ha sucedido siempre cuando la gente se rebela, porque pocos tienen la energía suficiente como para continuar así durante mucho tiempo, viviendo en la barbarie. Ellos mismos se cansarán y se irán convenciendo, poco a poco, de la locura que representa todo esto.

Pero esta vez, para desconsuelo de Ana, la reunión escapó de sus manos: la escucharon, le dieron incluso la razón, pero fue sin entusiasmo, sin que sus palabras crearan la mágica oportunidad de penetrar en los deseos y la voluntad de los otros. Cada vez que ella hablaba los ánimos se sosegaban un tanto, aunque enseguida, sin que nadie en realidad se lo propusiera, regresaba el agresivo clima con que se iniciara la sesión. El primer problema irreductible a sus esfuerzos fue planteado por Ferra, quien vivía esos días en medio de una rara exaltación. Eso era bueno, - porque su pasión era capaz de disipar el desánimo y la tristeza que se extendían entre los hanksis a medida que llegaban las luctuosas noticias- pero su actitud, además, provocaba otro efecto: enardecía, de un modo militante, a todos contra todos, porque él no dejaba de criticar, de analizar, de discutir implacablemente todo lo que los demás decían. Dejándose llevar por su propia vehemencia -y tal vez por una especie de solapada envidia que tenía su origen en los lejanos tiempos de Ventura- Ferra comenzó a increpar a Dukkuk:

-Y ahora te lo debo decir, Andreas, aunque me duela, aunque sepa que no es bueno que entre nosotros surjan los reproches y las desavenencias: tú no has actuado con la necesaria solidaridad, no has tenido de verdad confianza en este Consejo. Tú has hecho algo que delata, de un modo lamentable, tu pasado de... no sé cómo decirlo exactamente...

-¡Pues dí lo que tengas que decir sin tanta palabrería! No estoy dispuesto a aceptar que, después de todo lo que he hecho, tú vengas a acusarme ahora de lo que ni siquiera entiendes!!

-Es que es muy simple -continuó Ferra con un amplio ademán, que dirigió hacia el centro del grupo-: Tú estuviste todo este tiempo en contacto con Rashawand Singh, no es verdad? Actuaste sólo, o consultando a uno o

dos amigos tuyos, como si fueras el único estelar sobre el planeta. Creías que ibas a detener la conspiración con tus alocados viajes, como cuando trabajabas en el Servicio, pero el resultado ha sido otro, ya ves, ha sucedido lo que yo, desde un primer momento, sabía que iba a suceder...

-¡Nadie va a enseñarme ahora lo que tengo que hacer! Tú eres un fanático, sabes, pero eres peor todavía, porque no te atreves a decirlo sin tapujos.

En ese preciso instante, mientras las palabras subían y subían de tono, mientras se acercaba el momento irreversible de los insultos en público -y todo el pequeño grupo, salvo Ana, entraba en una especie de histeria colectiva de gritos y exclamaciones sin sentido- sonó la señal de la puerta principal de la casa. Ella se paró, seguida del siempre silencioso s'Mou, y volvió poco después acompañada del inesperado visitante.

Iya Semarani, que había regresado precipitadamente desde Etiopía en un viaje en que menudearon los sobresaltos, quedó atónito cuando abarcó con sus ojos lo que tenía frente a sí. La refinada sala en la que se desenvolvía la reunión contrastaba con el espectáculo de quienes gritaban y se agitaban frenéticamente, con las voces destempladas de quienes eran de algún modo, para amarga ironía, los heraldos de un nuevo mundo de tolerancia y razón. La agitación siguió durante casi un minuto mientras los presentes, uno a uno, iban descubriendo su presencia. La última en hacerlo fue Gwani, que venía diciendo:

-...porque jamás lo aceptaré, nunca seré como aquellos que se creen con derecho a decir a los demás lo que es bueno y lo que es malo y actúan como si fuesen los dueños de la verdad. No comprendo cómo tú, Ferra, te atreves a... -en ese momento, sintiendo ya la presencia casi sólida del silencio, ella se volvió. Cambió entonces bruscamente de tono para decir con sincera alegría:- ¡Pero si es el querido Iya! Iya Semarani, hermano, bienvenido seas.

El, un hombre al que la vida le había enseñado que siempre hay algo, en alguna parte, aguardando para sorprendernos, se sintió halagado: la frenética y descomedida discusión se había detenido por obra de su sola de su presencia. Ana, comprendiendo el sentido de lo que ocurría, aprovechó para hacer algo que serenara los ánimos. Habló brevemente, tratando de poner orden en la caótica reunión y luego, confiando en el Custodio Insobornable de la Palabra Escrita, le cedió la palabra; esperaba que esa especie de magnetismo que Iya poseía devolviera a los presentes el sentido común. Pero Iya, de algún modo, la defraudó.

Sus primeras frases fueron sabias, equilibradas, repletas de ecuanimidad: justificó el celo de Dukkok y la arrebatadora pasión de Ferra, habló elogiosamente de Ana, recordando sus sacrificios y su lúcida conducción, y se lamentó del horror de los sucesos, pero alcanzando a dejar en los presentes el leve sabor de la esperanza. Casi todos los asistentes, emocionados, estaban al borde de las lágrimas. Pero luego, cuando ya el grupo esperaba alguna clase de propuesta, Iya se detuvo; el pesado silencio fue interrumpido por alguien que, angustiado, preguntó:

-Pero en definitiva ¿que debemos hacer ahora, Iya Semarani? ¿Crees tú que *El Desesperado* esté detrás de todo esto?

El, con una sonrisa difícil de interpretar, respondió:

-No, ese hombre es una especie de santo, aunque muchos de ustedes no lo crean. He conocido pocas personas que posean la virtud de admitir sus errores y él es una de ellas. He visto cómo lo hacía justamente en el momento en que tenía todo el poder en sus manos, cuando nada lo obligaba a ceder o a retractarse. Hermanos, no se puede negar el mérito de esa rara virtud. -Iya, nuevamente haciendo un silencio, miró hacia arriba fijamente, como si estuviese ante alguna visión-: Pero dejen que les cuente lo que sentí cuando estaba en Etiopía, asistiendo a unas ceremonias demasiado rituales para mi gusto y viendo cómo comenzaban a propagarse estos disturbios, que son verdaderamente como la obra del demonio. Allí comprendí que hay un destino inmodificable trazado ante nosotros. -Iya miró a su alrededor, lentamente, y bajó el tono de su voz como si fuese a revelar un inesperado secreto-: Hankl es más grande de lo que muchos piensan! El es el profeta que nos guía y que nos protege, porque él, desde el mismo Sol donde se ha convertido en luz que nos alumbra, nos ha puesto esta prueba para que entendamos que no podemos descansar: siempre habrá enemigos que tratarán de destruirnos, siempre habrá conspiraciones y revueltas; la misma Federación puede dejar de existir. Pero nosotros sobreviviremos porque somos, de algún modo, también los elegidos: Hankl no era un hombre corriente, como todos los demás. No. He investigado mucho sobre su vida, y he tenido un sueño en que lo he visto como él mismo también se veía en sus sueños, mirando hacia adelante, hacia multitudes que entonan himnos de fe y de esperanza, como si estuviese vivo otra vez. Y entendí su mensaje: debemos luchar ahora contra todo el fanatismo que es el resabio del pasado, contra los dioses que veneran las otras religiones, que son los ídolos de la primitiva humanidad.

Hubo murmullos en la sala, como si muchos no estuviesen dispuestos a aceptar el misticismo que emanaba de esas últimas palabras. Iya, sintiendo que se había roto el encanto, aceptó implícitamente la crítica. Adoptó entonces un tono más coloquial y comenzó a relatar, con su habitual vivacidad, las aventuras que había corrido para llegar a Yellowknife: habló de la forma en que el Islam comenzaba a perseguir a los hanksis, de su viaje hacia el oeste, perdido en medio de un inconmensurable desierto hostil, de la forma que en Dakar habían destruido los templos y amenazado su propia vida. Su figura, pequeña y oscura, parecía moverse con una intensidad que se transmitía de inmediato a los presentes; sus gestos, sus cambios de voz, la forma en que sus palabras se iban hilvanando, daban a todos la sensación plena de estar allí, sobre las indómitas arenas del Sahara.

Pero la magia de este otro relato, finalmente, también se deshizo. No podía ser de otra manera porque el discurso de Iya -en definitiva- sólo añadía más confusión a la que ya reinaba en el profundo sótano. Muy pocos de los hanksis del Consejo estaban dispuestos a aceptar el endiosamiento de Hankl que estaba implícito en las palabras del Custodio; muchos rechazaban, a la vez, la actitud combativa con que él pretendía oponerse a las restantes religiones; casi nadie compartía sus elogios hacia Rashawand Singh. Por eso, a los pocos instantes, resurgió el conflicto y Ana, más atribulada ahora que antes, comprendió que ya no podía seguir deteniendo con sus manos lo que era un torrente de opiniones encontradas.

La reunión comenzó a dispersarse sin que se llegase a ningún acuerdo, y fue terrible porque además todos sintieron -súbitamente- que las diferencias que se habían acumulado en esos años eran en verdad formidables. Decepcionado, con inocultable tristeza, s'Mou hizo un último llamado a la concordia:

-Pero hermanos, no se vayan. Continuemos aquí, en esta casa que es de todos, hasta que podamos adoptar alguna decisión coherente.

Lo dijo, hospitalario, con evidente dulzura. Pero no lo escucharon. Los invitados comenzaron a irse como si nada restase por decir, abiertamente divididos, en pequeños grupos que mostraban lo irreductible de las discrepancias. Sólo quedaron finalmente él, Ana e Iya quien, como si no comprendiese el efecto que habían causado sus palabras, contemplaba atónito a los otros dos. Viendo lo preocupados que estaban acertó entonces a preguntar:

-Espero que en la próxima reunión del Consejo las cosas marchen mejor, porque esta sesión ha sido un verdadero desastre. ¿Cuándo nos volveremos a reunir?

Ellos se miraron con tristeza. s'Mou, suspirando, le respondió entonces con pesimismo:

-Creo que no has comprendido, Iya... no has comprendido nada. No hay programada ninguna nueva sesión del Consejo... y en estas condiciones creo que sería inconveniente volver a convocarlo: las diferencias se ahondarían más, supongo, alentando los odios que van surgiendo entre nosotros.

-Pero entonces, Ana, ¿qué ha pasado? ¿Ya no existimos más los hanksis como religión organizada?, ¿un loco motín atizado por un alucinado ha deshecho todo lo que construimos durante estos años?

-Tal vez no sea así -dijo Ana pensativa- tal vez no sea tan grave como dices... pero de todos modos estamos frente a una situación muy delicada. No hemos dejado de existir como religión, al contrario, creo que la violencia con que se nos acosa muestra lo importante que ya somos. Pero como grupo organizado, no sé... no sé que puede aguardarnos.

En los siguientes dos días la revuelta, la impensable revuelta en la que parecieron convergir todas las frustraciones y los odios dispersos de buena parte del planeta, comenzó a ceder. En algunas partes las autoridades locales asumieron los reclamos de la población, creando así complejos problemas políticos en el seno de la Federación; en otras hubo combates, anacrónicas barricadas y hasta soldados que dispararon contra la turba enardecida; en la mayoría de los casos, sin embargo, la violencia cesó como había llegado: de improviso, sin razón justificada, ahora repudiada por ese deseo de normalidad y de orden que -en el fondo- poseen todos los seres humanos.

En el Senado, para alivio de los hanksis, sus derechos fueron confirmados: se aprobaron fondos federales para la reconstrucción de los templos, se financió incluso la ceremonia mortuoria que, en el caso particular de los estelares, resultaba tan inusitadamente costosa. A la ciudad de Amritsar, por supuesto, se le otorgó el estatuto especial que sus habitantes todavía seguían reclamando, una semana después, con invariable vehemencia.

Allá en Yellowknife, entretanto, Ana recordó la paciencia de Hankl. Prudentemente no quiso convocar al Consejo, aunque se mantuvo en contacto directo con todos sus miembros. Ella veía con claridad los efectos que la crisis había producido en las filas de ese movimiento que crecía con la fuerza de la juventud aunque que era incapaz de apoyarse, en momentos de crisis, en auténticas y firmes tradiciones. Pero, meditando y conversando largamente con todos, viajando para hablar con las autoridades y para confortar a las comunidades que más habían sufrido, encontró por fin lo que a sus ojos podría ser una solución. Lentamente, con confianza en sí misma pero sin dejarse llevar por un vano optimismo, fue insinuando primero y proponiendo después -a algunos pocos- lo que constituiría el más ambicionado proyecto de su vida.



25

Mn

Siete meses después del ominoso atentado contra el Templo Dorado de Amritsar, ya disipadas en parte las pasiones de aquellos días horrorosos, Ana decidió que había llegado el momento de actuar. Estaba segura de que, en alguna forma, era posible ya reconstruir la organización de los Ecumenistas Estelares: tal vez no debiera haber ahora un gran consejo mundial, pensaba, como en los tiempos en que todavía estaba vivo Hankl y que ahora parecían tan lejanos; pero algo debía hacerse, algo que reunificara a la gran hermandad que, a pesar de todas las divergencias, resurgía victoriosa.

Nuevamente los hanksis, repuestos del duro golpe, se extendían por todos los mundos habitados; otra vez se construían templos, se realizaban conversiones masivas, aunque -para dolor de todos- la semilla de la calumnia no había sido extirpada completamente en algunas regiones. En la mente de muchos sobrevivía aún una perversa asociación de ideas, el vínculo que había forjado Ok-kae entre los seguidores de Hankl Ozay y el atentado del Punjab.

Fue entonces cuando Ana, investida del poder moral que todos continuaban reconociéndole, inició su última serie de consultas. Tuvo con s'Mou una agradable conversación, en el barco que, otra vez sobre el lago helado, les recordaba a ambos el histórico renunciamiento de Hankl; se entrevistó con Swende y Dukkuk, en su anticuado caserón

repleto de sonidos; habló con Ferra, en sus modernas oficinas, donde llegaban a cada instante informaciones y mensajes desde todas partes del mundo; estuvo con Gwani, Fredek y Ambaristain, con muchos otros, a los que confió sus inquietudes y sus proyectos. Por último, satisfecha al comprobar que las heridas cicatrizaban y las emociones iban cediendo paso a la razón, resolvió poner en marcha el mecanismo que había concebido para reconciliar, aunque fuera en parte, a todos los hanksis. Pero antes de comenzar, antes de atravesar las grandes aguas -como decía el viejo oráculo chino que consultó- se dispuso a realizar el viaje que tendría que llevarla hasta el más apartado de todos los hanksis. A él también tenía la obligación de consultarlo.

Una mañana fría como pocas salió sola de su casa, sin informar a nadie, casi clandestinamente, y abordó una pequeña aeronave. La discreción, en este caso, resultaba esencial. A baja velocidad, porque no era experta en ese tipo de vehículos, emprendió el camino del sur. Atravesó un país de grandes llanuras y lagos helados, internándose en las planicies del amplio continente mientras veía, allá abajo, cómo se disolvían poco a poco los signos del invierno. Alcanzó el Mississippi antes del mediodía y, todavía tensa porque no se acostumbraba a la máquina, descendió en Paducah para un breve descanso. Casi no comió.

Recorrió luego paisajes más amenos: las islas del Caribe la deslumbraron con sus colores y sus formas mientras el sol, a su derecha, producía extraños reflejos en las aguas. Ana se sintió feliz, viva como nunca, y deseo tener alguien a su lado para poder comentarle las maravillas que veía. Pero pronto llegó el crepúsculo, y enseguida la noche, haciendo que su despreocupada alegría se transformase en una suerte de velada intranquilidad.

Volaba otra vez sobre la tierra firme americana cuando estableció contacto, sin mayores inconvenientes, con un amigo que se hizo cargo de anunciar su llegada al aislado destino que perseguía. La última hora de navegación la obligó a un esfuerzo titánico: ya estaba demasiado cansada como para seguir adelante pero, con esa voluntad que siempre demostraba, Ana continuó sin desmayar, atravesando desconocidas cadenas montañosas, volando ya a baja altitud sobre las selvas, que intuía opulentas y misteriosas. Pronto una fuerte lluvia, muy distinta a las de su tierra natal, comenzó a dificultarle la visibilidad. Pero la radio, ahora que estaba cerca, la guió con infaltable precisión. Se encontró así finalmente en un sitio plano, rodeada por la intensa y enloquecedora lluvia, a pocos metros de la meta que se había propuesto. Era ya noche cerrada y estaba satisfecha pero exhausta. El largo viaje había concluido.

Esa era la casa, se dijo, tal como la conocía por la descripción que le dieran: sobre una columna casi transparente se elevaba la construcción circular, abierta a la naturaleza e iluminada tenuemente, que parecía como un disco de plata entre las copas de los árboles. Se bajó del aparato, cuidando de no mojarse, pero se encontró enseguida con una sensación sorprendente y agradable que nunca antes había experimentado: sus pies se hundieron un poco sobre la tierra mojada, pisando la grama áspera que rodeaba a la construcción, y se deslizaron suavemente sobre esa flexible superficie que la acogía casi con dulzura. Entonces Ana, en un arranque juvenil que pocos de los que la conocían hubieran supuesto en ella, abandonó el impermeable que la protegía y se quitó los zapatos. Como una niña comenzó a correr hacia la casa, no en línea recta sino zigzagueando para pasar adrede sobre los charcos que iba formando la lluvia. Cuando ya estaba a algunos pocos pasos de la entrada una voz, desde arriba, la saludó con afecto:

-Bienvenida! Veo que no debo preocuparme por no haberla ido a buscar.

Ella, por toda respuesta, alzó un brazo en señal de saludo y penetró en el tubo que sostenía la vivienda y por el que circulaba también el elevador. Rashawand Singh la esperaba ya arriba, con una sonrisa amplia pero que revelaba además su desconcierto.

-Ha sido fascinante -dijo Ana-, nunca había hecho sola un viaje tan largo.

-Me alegro que lo tome así. En realidad no me enteré de su visita sino hace cosa de dos horas, cuando me llamaron desde Caracas... pero discúlpeme, no lo creí del todo, pensé que simplemente se trataba de alguna confusión. Nunca imaginé que llegaría hasta aquí directamente desde Yellowknife, y además con este tiempo.

-Tenía que hablar con usted, Rashawand, y tenía que hacerlo a solas, con discreción.

El, ahora más desconcertado todavía que antes, sólo atinó a pasar su mano por sobre su renegrida barba.

-Es que... ¿no está solo acaso?

-Bueno, no... en realidad no. Me acompaña una amiga muy querida. Mi condena ya ha terminado y estoy aquí simplemente porque es mi voluntad.

En ese instante, y para confirmar sus palabras, apareció por la puerta de la habitación la figura esbelta de Warani. Ana la miró directamente a los ojos y le dijo, como todo saludo:

-Tú eres Warani Kaur, no es así?

-Es para mí un gran placer poder saludarla, Ana. Me hubiera ido hace un rato, pero en realidad la lluvia y mis deseos de conocerla hicieron que cometiera esta especie de indiscreción...

-De ninguna manera, todo lo que vayamos a hablar podemos hablarlo perfectamente entre los tres.

Pasaron a otra sala, más espaciosa y agradable, que se abría directamente hacia las copas de los árboles. La noche era fresca, húmeda y, aunque la lluvia no penetraba en la habitación, el ruido de las gotas sobre el follaje producía un efecto sedante, totalmente novedoso para Ana.

Conversaron un rato, con cierta timidez al principio porque nunca se habían visto antes, a pesar de que sus vidas estaban ligadas, más allá de su voluntad y de sus recuerdos, en una historia común que los tres habían contribuido a tejer. Cuando ya todos se sentían algo más cómodos Ana, consciente de su misión, comenzó a hablar suavemente. Lo hizo con cálida camaradería, buscando hacerles entender los motivos y las esperanzas que la habían impulsado a hacer ese prolongado viaje:

-Ya sé que están un poco intrigados por esta visita que les hago, y les agradezco la hospitalidad, la delicadeza de que no me hayan preguntado nada todavía -hizo entonces una expresiva pausa y continuó, ya más seria-: Los hanksis estamos en problemas, me supongo que ya lo saben, porque no hemos sabido responder unidos a la terrible calumnia. Aquellos días fueron espantosos y creo que todavía no podemos olvidarlos por completo. Es cierto que hemos sobrevivido como movimiento, pero estamos atomizados, alejados los unos de los otros, como si no nos conociéramos ni nos tuviésemos afecto... Es difícil luchar contra eso, porque de nada sirve decir que debemos estar unidos cuando la gente no desea hacer las mismas cosas, cuando recorre caminos diferentes. Yo comprendo que así sea, lo acepto sin reservas, pero no quiero que nos apartemos tanto que ya no podamos reconocer siquiera aquéllo que tenemos en común.

Warani y Rashawand la miraban todavía sorprendidos porque, a pesar de lo claro de la explicación, comprendían cada vez menos los designios de esa encantadora mujer. Ella captó su desconcierto y agregó:

-No se impacienten, por favor, enseguida verán hacia dónde quiero ir.

-No me impaciento, Ana -dijo él- en absoluto, pero de verdad no sé en que podríamos ayudarte.

-Es muy sencillo, de verdad. Pienso que en una situación como ésta debemos partir de lo mínimo, de lo alcanzable, sin ejercer coerción sobre nadie y sin proceder con vanidad. Quiero que cada hanksi siga actuando a su modo pero que todos reconozcan que son hanksis, que hay un cierto credo común que compartimos y que nos permite encontrarnos siempre como amigos, intercambiando nuestras experiencias con simpatía y humildad. Pero esto debe ser dicho y aceptado, debe ser la expresión consciente de nuestra voluntad, no la consecuencia de la acción de nuestros enemigos o de las sugerencias de quienes no nos comprenden para nada.

Warani reflexionó un momento y enseguida la estimuló a proseguir:

-Esas son palabras muy sabias, Ana. Pero ¿cómo podrás lograrlo?

-No es fácil, lo sé, y por eso vengo trabajando sin descanso desde hace meses. Mi propuesta es que nos reunamos todos, todos los que reconocemos a Hankl como Profeta, no importa cómo vivamos o sintamos eso, y que digamos en voz alta las reglas del juego. Si es preciso que desaparezca el Consejo Ecuménico, éste dejará de existir; si es necesario, cambiaremos por completo la organización que una vez pusimos a funcionar. Pero es importante que nos encontremos en una especie de Concilio, como dirían los católicos, y que nos comuniquemos con total tolerancia y amplitud.

-Parece una buena idea, en principio, aunque naturalmente no conozco lo que piensan los demás. No sé cómo nosotros, sin embargo, podríamos ayudarte...

Ana lo miró fijamente, no sin cierta emoción, y lo interrumpió:

-Dije todos, Rashawand, **todos** los que acepten a Hankl... Vine a confirmar si ustedes se cuentan entre ellos.

La declaración los sorprendió, aunque ya no demasiado: era lo único que podía dar sentido al viaje, a las explicaciones y al cálido trato de la visitante. Warani habló esta vez:

-Eso fue lo que precisamente traté de expresarle a Dukkuk hace ya tiempo, pero en esa ocasión él me dijo que resultaba imposible, que nuestra presencia iba a ser mal recibida...

-Sí, sí, lo sé. Pero ahora las cosas han cambiado, Warani, hemos pasado al otro extremo. Sólo Ferra, que mantiene algo así como una organización propia, podría oponerse a que entraran en ella. Pero no se trata de eso, por supuesto, sino de algo bien diferente. Le he dicho a Ferra que mantenga su grupo, que lo haga crecer lo más posible, pero que no condene a los que están fuera de él, que no lance un anatema contra nadie, porque eso sería como repetir el exclusivismo y la intolerancia de otras religiones volviendo hacia un pasado que él mismo se ha esforzado por superar. Y creo que me ha comprendido, que está dispuesto a transitar la estrecha senda que ahora se abre ante nosotros.

Rashawand, con visible emoción, se inclinó hacia adelante en su silla y habló entonces con voz quebrada:

-Ana, lo que tu acabas de hacer, este encuentro, es algo que nunca podré olvidar. Es para mí como el fin de un dolor que ya lleva varios años, como una absolución. Y es algo que jamás dejaré de agradecerte, de recordarte... porque yo recuerdo cada día la muerte que le dimos al desventurado Will.

-No te atormentes más, Rashawand. Sé muy bien como fue aquello, pero debemos terminar con el pasado, evitar que nos obsesione.

El se incorporó, dio unos pasos vacilantes, y la abrazó suavemente mientras ella permanecía en su silla. Después se dirigió hacia los ventanales y quedó allí de pie, contemplando cómo caía la lluvia. Todos quedaron en silencio, pensativos, hasta que él, ahora con un tono más sereno, le expuso una inevitable objeción:

-Ana, estamos dispuestos a apoyarte, a participar con buena voluntad, a seguirte en lo que quieres hacer. Pero, ¿no será inconveniente reunir en un solo sitio a gentes que tienen opiniones tan distintas, a personas que no se conocen y que tal vez no poseen un espíritu tan constructivo como tú? Espera, eso no es lo principal, lo que más me preocupa es otra cosa: es mi presencia allí. ¿No crees acaso que el solo hecho de que yo esté en el concilio pueda perturbar las deliberaciones, que resulte algo irritante,

creando más problemas de los que soluciona? El fracaso de una asamblea tan grande podría traer consecuencias infortunadas, y por mucho tiempo.

-No, no lo creo. Y te diré por qué: he trabajado mucho en estos meses y conozco los sentimientos de mi gente. Tal vez haya un poco de resistencia al comienzo, pero el ambiente ahora es otro, muy diferente al que había antes de la revuelta -calló, meditando un instante, y luego agregó con una sonrisa-: De todos modos hay que intentarlo, hay que correr el riesgo. Los hanksis no podemos permitirnos excluir a nadie por principio y, cuando tengamos que hacerlo, habrá de ser por medio de una norma clara, que todos aceptemos de antemano, no sobre la base de prejuicios o calumnias. Necesitamos una nueva fundación, comprenden, un nuevo estilo más abierto que el de las otras religiones.

La lluvia, que había cesado del mismo modo repentino en que había comenzado, impregnaba todavía de humedad el aire. Hacía calor y un perfume vegetal envolvía sutilmente a la casa. Ana, que ahora sentía plenamente la fatiga y la tensión del viaje, se recostó en su silla y cerró los ojos. En pocos segundos, ante el asombro de Warani y Rashawand, se quedó profundamente dormida.



26

Fe

Ana se veía más alta y delgada, casi incorpórea, sobre la breve plataforma que la enfrentaba a más de mil delegados expectantes. Vestía de blanco, una túnica fina a la que la tensión de su cuerpo imprimía fugaces movimientos; sobre su cabeza, flotando, un tocado de luces describía los círculos majestuosos que trazan las lejanas galaxias. Representando a cerca de diez millones de hanksis una multitud de hombres y mujeres esperaba su palabra.

Comenzó con un tono pausado, grave, que excluía sin embargo toda solemnidad:

-Hermanos: Cuando nuestro querido Hankl regresó desde el vacío, desde la oscuridad de sus días solitarios, tuve en verdad una gran alegría. Retornaba un amigo al que todos creíamos perdido. Sabía bien de la firmeza de su carácter, de su cálida sensatez, de su paciencia. Por eso no

me extrañó que fuese el único sobreviviente de aquella prueba inhumana. Pero pronto comprendí que él, para superarla, había apelado a un recurso insólito, original, poco menos que impensable: había creado lo que hoy a todos nos congrega, la única religión que en verdad puede aspirar a interpretar las angustias del hombre moderno, la fe de quienes conocemos la ciencia y dominamos una técnica que asombraría a nuestros antepasados, pero que todavía sabemos que somos frágiles criaturas en medio de una inconmensurable galaxia.

Prosiguió entonces recordando algunos hechos, que eran como los hitos que demarcaban la breve historia de los hanksis: las agresiones y el legendario viaje del Profeta, la rica variedad de formas que iba asumiendo el culto, el modo en que los estelares se habían organizado y mantenido en contacto. A medida que hablaba e iba percibiendo, de algún modo, la receptiva atención de los presentes, adquiría más confianza, lograba esa soltura que permite enfrentar a un vasto público con la misma naturalidad que se experimenta al conversar con los viejos amigos. Por eso no fue breve ni eludió aquellos temas que podían suscitar divergencias; por eso mencionó a Rashawand, a los conflictos de Consejo Ecuménico, a la impotencia que invadió a los estelares tras la calumnia de Ok-kae. Al final, luego de más de una hora, su discurso concluyó con palabras de aliento:

-Ha llegado el momento de comenzar, hermanos. Vamos a trabajar, a discutir, a tratar de dar forma a nuestros deseos y nuestras esperanzas. Sólo me resta pedirles algo, algo que ojalá pudieran recordar a cada instante: quiero que todos expongan sus ideas con libertad, sin reservas, empleando la imaginación. Necesitamos crear algo nuevo, un modo de organizarnos que nos permita vivir como hermanos pero aceptando la diversidad de los otros, que nos haga sentir libres, pero unidos en una responsabilidad que todos compartamos -hizo una breve pausa y concluyó-: "Tú, Hankl Ozay, que con paciencia supiste mantener la razón, ayúdanos a recorrer con felicidad nuestro camino de regreso a las estrellas".

Ana oyó los aplausos, vio a la gente de pie, las múltiples señales de aprobación y de alegría. Y, a pesar de su inocultable felicidad, sintió también que la abrumaba la magnitud de ese primer éxito, que sobrepasaba sus mejores expectativas pero que la situaba ante la ardua misión de llevar hasta el final tan auspicioso comienzo.

Durante todo el día La Asamblea Universal de los hanksis trabajó intensamente: se habló de principios organizativos, de las formas aceptables y no aceptables del culto, de algunos de los esotéricos

escritos que últimamente había propagado Iya. La gigantesca reunión hacía en verdad honor a su nombre, porque nunca la ciudad de Yellowknife había visto tal variedad de lejanos visitantes. Una delegación procedente de las colonias de lo llegó ataviada con lujosos trajes de alta tecnología que no quiso abandonar en ningún momento: ellos decían que el clima artificial les hacía daño y que sólo una vestimenta completa -capaz de alimentarlos y mantener en perfecto equilibrio todas sus funciones- podía considerarse como verdaderamente civilizada; la gente de las grandes ciudades se reía de esas cosas, aunque la mayoría no aceptaba de buen grado ni a los nudistas -uno de ellos se atrevió incluso a nadar en el lago, que iniciaba en esa época su período de deshielo- ni a los seguidores de Chou, que repudiaban la unilateralidad de los sexos y propiciaban un hermafroditismo artificial basado en la más eficiente biotecnología. Pero la mayoría de los estelares, fuera de estos casos extremos, era gente corriente y sencilla: entre ellos predominaban los habitantes de las nuevas ciudades y colonias espaciales, los que provenían de hogares cristianos o hinduístas, los científicos, astronautas, artistas e ingenieros mentales.

Hacia el final de la tarde la Asamblea Universal logró, para satisfacción de los delegados, un primer resultado concreto: se aprobaron los dieciseis artículos de lo que fue llamado el Credo de la Tolerancia, un sencillo documento en el que se reconocía como estelar a todos los que veneraran al Profeta -sin discriminar a quienes tuviesen además otras creencias- y se exhortaba a seguir las enseñanzas que dejara Hankl. Fue en el momento preciso en que sonó la señal que indicaba que ya se había logrado la mayoría -mientras los participantes seguían aún manifestando sus preferencias- que Ana se levantó de su asiento y se acercó a Rashawand. Dukkok, al ver el audaz movimiento, miró con cierto pavor a Swende, porque temía que Ana estuviese a punto de cometer una imprudencia. Pero nada ocurrió.

Rashawand la vio acercarse, se incorporó, y a pesar de que estaba habituado a dominar sus emociones, no pudo impedir que unas lágrimas resbalaran por sus mejillas. Ana le tendió las manos y él, inclinando la cabeza, dijo en voz alta, para que lo oyeran los que estuviesen cerca:

-Ana, la primera entre los hanksis, eres la persona más sabia que conozco. Tuya es esta obra, esta alegría que vivimos -y elevó aún más la voz- tú eres para mí como el undécimo gurú de los sikhs, tan grande como el mismo Nanak!

Muy pocos, naturalmente, pudieron entender estas precisas palabras, y en realidad sólo un puñado de hanksis las oyó; la asamblea era vasta, y

casi todos seguían con pasión en ese instante los resultados de su primera consulta general. Por eso Rashawand, aún emocionado, solicitó mediante el compucom del concilio la oportunidad de dirigirse a la reunión en pleno. El aparato le informó de inmediato que, debido a la plural motivación de los asistentes, había decenas de personas inscritas antes que él.

Al día siguiente los hanksis trabajaron ya en grupos más pequeños y sólo permanecieron una o dos horas congregados en la plenaria. Así fue transcurriendo el gran concilio, con innumerables reuniones parciales o totales, saturando a cada rato la capacidad del compucom especial que allí se había instalado, tantos eran los informes, propuestas, sugerencias y observaciones que iban haciendo de continuo los delegados. Había quienes trabajaban febrilmente, con pasión indoblegable, pero no todos lo hacían así: estaban también aquéllos que preferían las excursiones por el lago, las fiestas nocturnas o las conversaciones privadas. Muchos comprobaron, con pesar, que eran más frecuentes los discursos altisonantes o cargados de misticismo que las propuestas prácticas, pero tuvieron que aceptar que esa era en definitiva la voluntad de la asamblea. Así lo reconoció también Ana, la segunda noche, cuando un grupo de Sumatra se quejó de lo poco que se había avanzado:

-Nada ganarás con desesperarte, Suhau. No te dejes llevar por la impaciencia. Hasta los discursos vacíos son necesarios para que nos conozcamos, para sentir que estamos juntos y que podemos convivir aunque sea por unos días.

Muchos de los que fueran miembros del Consejo Ecuménico -como Fredek, Dukkok, Ambaristain o Swende- prefirieron el trabajo discreto de las comisiones, los pequeños círculos de discusión, la labor fatigosa pero necesaria de poner a punto las resoluciones que iban saliendo de la asamblea. Pero hubo algunos discursos memorables, que casi todos los delegados oyeron con indeclinable atención.

El tercer día, al final de la mañana, habló Gwani. Sus palabras fueron breves, concisas, cargadas de un sentido pragmático que logró impresionar a casi todos: abogó por una mayor liberalización de las costumbres, insistió en mirar hacia el futuro y fue seductoramente modesta al hablar de sí misma. Pero la expectativa de los delegados no decayó a lo largo de la jornada: se aguardaba la alocución final de la sesión de la tarde ya que ella correspondía, según el plan elaborado, nada menos que al legendario Ferra.

Llegó con una vestimenta sencilla aunque exótica: unos amplios pantalones negros, una camisa de *teff* blanca que destacaba el tono rojizo de su cara, flexibles zapatos de cuero auténtico. Y comenzó con unas frases que electrizaron a los delegados:

-No basta declararse justo para ser justo. No basta hablar de la razón para ser razonable: ¡No basta proclamarse un hanksi para ser un hanksi! - Quedó tenso, silencioso por unos instantes interminables, y luego agregó:- Pero no es éste el momento ni el lugar de hablar de nuestras discrepancias; no debemos insistir en lo que nos separa sino dejar que el tiempo haga su trabajo, su sabio trabajo: durante seis años un hombre, aislado en la inmensidad del cosmos, se sintió el más inútil de los hombres. Y el tiempo dijo lo contrario. La obra de Hankl Ozay, el Profeta, es la guía que hoy nos congrega, la fuerza que nos une, más allá de las divergencias y de las opiniones que tengamos.

Continuó así, conciliador y casi amigable, tal vez un poco altisonante, defendiendo sus ideas y su obra. Pero aceptó la diversidad -aunque sin entusiasmo- reconoció el derecho de los demás a ser lo que quisiesen ser y la última unidad de todos en un gran fraternidad.

Al otro día hablaron Iya y una delegada de Darwin, Australia, que fue quizás la más precisa y clara de todas las personas que se dirigieron a la Asamblea Universal. En cambio Iya, como siempre, hizo un discurso vigoroso, pleno de emoción y de cambios de tono, que eludió sin embargo las cuestiones que se habían discutido hasta allí. Pronunció unas enigmáticas frases sobre el pasado de Hankl, sembrando la perplejidad entre los asistentes, y luego pidió algo insólito:

-Hermanos, no quiero fatigarlos más con mis palabras, como tal vez tantas veces los he fastidiado con mis cubos. Por eso quiero pedirles algo, algo que ojalá se dignaran aprobar de inmediato: quisiera ceder unos minutos de mi tiempo para que hable una persona que todos deben conocer mejor, para que Rashawand Singh, *El Desesperado* de otros tiempos, nos explique qué hace aquí entre los hanksis y cómo se siente de nuevo en Yellowknife.

Un murmullo de asombro recorrió la sala, recogiendo una sensación general de desconcierto. Pero Iya, inteligentemente, propuso que de inmediato se pasase a votar. Dijeron algunos, horas después, que la curiosidad privó en ese instante sobre el rencor o los resentimientos. El hecho fue que una mayoría abrumadora lo aceptó y entonces Rashawand, aún sorprendido, inició su lento caminar hacia el estrado. Alguien gritó furioso, desde el fondo de la sala:

-Esto es el fin! Ahora los asesinos de Hankl se atreven a mirarnos desde lo alto!

El hombre, y una treintena más de delegados, se retiraron ostensiblemente ofendidos. Hubo cierta conmoción, miradas, comentarios, mientras Rashawand se acercaba imperturbable hacia la tarima. Sus ojos brillaban más que nunca cuando comenzó:

-Gracias, hermanos, gracias por dejarme estar aquí. Este es un día de fiesta para mí, y para todos quienes me acompañan. Quisiera hablar, como tantos de ustedes, del futuro que queremos construir, de aquéllo que podemos desde hoy hacer juntos. Pero no puedo: no tengo mucho tiempo y debo ante todo recordar ese pasado que aún me duele, ese pasado al que es difícil apartar de la conciencia, de las leyendas y los hechos que nunca se alejarán de mi vida.

Y así, con entera franqueza, relató la historia de su viaje delirante hacia la oscuridad del Artico, lo que sintió mientras perseguía a Hankl, mientras lo enfrentaba con un láser en la mano pero sin poder disparar y comenzaba a admirarlo, a reconocerlo ya como un Profeta. Fue parco, intenso, pero más elocuente aún que cuando se enfrentó al jurado de Vancouver. Al final, con palabras sencillas, reconoció públicamente al Profeta y ensalzó a Ana, emotiva y sinceramente. Lo hizo sin abjurar de su pasado sikh, con la modestia del hombre que sabe que todavía no ha encontrado el camino pero persiste en buscarlo con tenacidad y con pasión.

Y ahora fue Ana quien lloró, silenciosamente, sin que nadie se percatara de ello porque la Asamblea, casi unánime, estalló en una especie de ovación descontrolada. El concilio de los ecumenistas estelares había sobrevivido a su más exigente prueba.

La última jornada fue tal vez la menos emotiva, la que más se dedicó a la organización y las rutinas inevitables que los seres humanos tejen en su convivencia. Algunas despedidas anticipadas dieron a la tarde primaveral un aire de nostalgia. Ana dio por concluida la Asamblea haciendo votos para que perduraran la amistad y la concordia. Su cara ya no podía ocultar ni la felicidad ni el agotamiento que sentía.

A unos pasos de allí, afuera, cuatro amigos conversaban a la luz declinante de la tarde. El más alto de ellos, que no era otro que Andreas

Dukkok, interrumpió en un momento a Swende para decir como en broma:

-Esperen, quiero proponerles algo, para que podamos seguir hablando con más tranquilidad: ¿Qué les parece si nos vamos ahora a Ventura para cenar? Allá no hay buenos restaurantes, ya lo saben, pero me encantaría volver por unas horas.

Swende y Warani rieron, pero Rashawand tomó la idea con inusitada seriedad:

-Es lo mejor que podríamos hacer, de veras; para mí será una forma de regresar, después de tantos años, como quien enciende una luz en una habitación cerrada y descubre que han desaparecido los fantasmas - luego, contagiándose del espíritu festivo de los demás, agregó con picardía-: Lo ideal sería llegar hasta la isla usando unos buenos esquíes eléctricos... Warani y yo conocemos un buen camino -rió-, aunque creo que tendremos que dejarlo para otra ocasión: mi pierna no me permite ya correr esas aventuras.

- FIN -